

NUESTRA
ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

IV

Director: ALVARO DE ALBORNOZ

ENERO, 1940

TRABAJOS DE ALBORNOZ, ZAMBRANO,
BLANCO, ASENSIO, CASONA,
CASTROVIDO, MILLARES VÁZQUEZ,
LEONE, OVIEDO, SUÁREZ SOLÍS,
ARTILES, LÁZARO

Sumario:

NUESTRA ESPAÑA

- LA GUERRA Y REVOLUCION EN FINLANDIA, por el General Auer.
- MATOS Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA.—LA
SITUACION DEL COMERCIO NACIONAL DE OREOS
EN LA REFACTACION.—EL CONSEJO EN VALPARAISO
Y GANDIA.
- EL BIENIO Y LOS PORTALES, por Alejandro Castro.
- LA RESPONSA MATERIAL Y MORAL DE LA CAPITAL
DE ESPAÑA, por Roberto Castredo.
- CRONICA DE LA ARGENTINA, por V.
- CRISIS DE LA SOCIEDAD.—HAY QUE ELEVAR AL
HOMBRE, por E. Pulgar Vial.
- EN EMIGRADO POLITICO, por Alvarez Pissani Lopez.
- LOS VIAJEROS DEL "MARQUES DE COMILLAS", por
Jose de Greda.
- LA EXPOSICION DEL TINTORI SOUTO, por Rafael Sag
da Sola.
- EL ATENEO DE MADRID "DE ESCALERAS ABAJO",
por Juan Arribas.
- ESPECULACION. Publicaciones de la Casa de España en
Madrid, por Angel Llanos.

MUESTRA
ESPAÑA

Sumario:

- EDITORIAL.
- EL EJÉRCITO Y LA POLITICA, por Alvaro de Albornoz.
- SOBRE UNAMUNO, por María Zambrano.
- DIÁLOGOS DEL MALECÓN. OTOÑO ETERNO, por Luis Amado Blanco.
- LA GUERRA RUSO-FINLANDESA, por el General Asensio.
- DATOS Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA.—LA ACTUACIÓN DEL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA.—LA EVACUACIÓN.—EL CONSEJO EN VALENCIA Y GANDIA.
- EL PUEBLO Y LOS POETAS, por Alejandro Casona.
- LA REFORMA MATERIAL Y MORAL DE LA CAPITAL DE ESPAÑA, por Roberto Castrovido.
- CRÓNICA DE LA ARGENTINA, por V.
- CRISIS DE LA SOCIEDAD.—HAY QUE SALVAR AL HOMBRE, por M. Millares Vázquez.
- UN EMIGRADO POLITICO, por Alvaro Pascual Leone.
- LOS VIAJEROS DEL "MARQUÉS DE COMILLAS", por Juan de Oviedo.
- LA EXPOSICIÓN DEL PINTOR SOUTO, por Rafael Suárez Solís.
- EL ATENEO DE MADRID "DE ESCALERAS ABAJO", por Jenaro Artiles.
- BIBLIOGRAFIA. Publicaciones de la Casa de España en México, por Angel Lázaro.

Editorial

Tema delicado el de la actitud de las Repúblicas hispanoamericanas frente a la emigración republicana española. Sin contar con que esta emigración ha sido, en conjunto, calumniada, atribuyéndosele un matiz político que en la imaginación de las gentes lleva siempre aparejado un peligro social, las dificultades son de muy diverso orden. Puede haber el temor —la suspicacia, más bien— de posibles roces de carácter internacional, por la oposición entre un Estado reconocido, nacido de la fuerza, y otro en el destierro que invoca sus títulos jurídicos ante la conciencia del mundo civilizado. Con este temor se enlaza, en la mente de los estadistas cavilosos, el de posibles intromisiones en la política interior de los Estados de que se trata, por el apasionamiento de elementos que vienen de la lucha y la solidaridad de ciertos sectores americanos. Hay, además, la difícil situación económica de algunos de los países a donde la emigración republicana española se ha dirigido o pretende dirigirse, bastante a explicar, si no la hostilidad, el retraimiento de los Gobiernos interesados.

Con buena voluntad, sin embargo, cabe ir suprimiendo estas dificultades, reduciéndolas, cuando menos, a un coeficiente perfectamente compatible con los deberes que impone la humanidad, aun pres

ciendo de solidaridades que son patentes, por muy desacreditada que esté la retórica hispanoamericana.

No queremos invocar el ejemplo de México porque es excepcional. Se diría en seguida que México no ha reconocido al Estado nacionalista español. Pero hay otras Repúblicas hispanoamericanas que lo han reconocido y no por eso dejan de atender a los españoles emigrados. Es —sin citar tampoco a Chile, por motivos fáciles de comprender, dada la significación de su Gobierno— el caso de Colombia, donde no ha mucho se ofrecía por el jefe del Estado una fiesta, realizada con la presencia de ilustres personalidades de la política y de las letras, a los refugiados españoles, entre los que se cuenta el insigne Luis de Zulueta, ex-ministro y ex-embajador de la República e ilustre pensador y escritor. Allí se hallan también el gran artista Víctorio Macho y los profesores De Benito y Ureña, este último subsecretario de Estado de la República. Y es igualmente el caso de Venezuela, que fué uno de los primeros Estados en reconocer a Franco, donde desempeñan importantes servicios públicos relacionados con sus profesiones ex-ministros de la República española como D. Amós Salvador y el Sr. Alvarez Mendizábal, sin contar a otros excelentes amigos, todos ellos tan relevantes en sus especialidades como significados en la política republicana. Y el caso del Ecuador, en cuyos centros de enseñanza explican profesores como D. Antonio Jaén, político tan destacado como ilustre profesional. Y el de la Argentina, donde las precauciones, a veces extremadas, contra la emigración republicana española como posible elemento de agitación, no le han impedido ejercer su profesión de abogado al insigne jurisconsulto D. Angel Ossorio

ni desempeñar oficialmente cátedras a un socialista tan conspicuo como D. Luis Jiménez de Asúa y a destacados republicanos de izquierda.

Es de esperar que vayan adoptando la misma conducta los Estados que aun se mantienen o heréticos o recelosos y niegan toda su protección oficial a los refugiados españoles. No se trata, ni podría tratarse, de un caso de competencia económica, sino más bien de contribución fecunda al trabajo nacional de todos los países hispanoamericanos. Hay entre los refugiados españoles representaciones de la cultura hispánica —y, por tanto, de la cultura universal— de primer orden, y elementos valiosísimos en todas las manifestaciones del trabajo. Y es cada día mayor el sentido de responsabilidad de todas estas fuerzas, que, bien empleadas, rendirían no escasa utilidad. Sería puerilidad esgrimir, frente al arduo problema de la emigración republicana española, los tópicos manidos del hispanoamericanismo. Pero es deber serio, que nosotros cumplimos austeramente, apelar al buen sentido de los gobernantes hispanoamericanos invocando la conveniencia y la eficacia, que responden siempre, por fortuna, a los más altos fines de humanidad y de justicia.

El Ejército y la Política

por ALVARO DE ALBORNOZ

VII.—*El Ejército, las luchas políticas y los antagonismos sociales.*

Decíamos que la intervención del Ejército en la política es casi siempre funesta, porque sustituye la violencia a la ley y concluye por hacer imposible toda manifestación de la ciudadanía. Las luchas políticas, sin embargo, salvo en los grandes períodos revolucionarios, son sólo movimientos superficiales. Los intereses meramente políticos están muy a flor de tierra. Lo que ordinariamente se llama política cala poco hondo. Los cambios políticos por medio de la violencia suelen dejar las cosas como estaban; a veces ni aún modifican, no ya las llamadas leyes fundamentales, pero ni siquiera las comunes. Como, por otra parte, lo general es que las leyes no se cumplan, la trascendencia de los cambios políticos es frecuentemente nula. Lo mismo da, poco más o menos, que haya unas leyes que otras. Cambian las Constituciones, varían y se multiplican las Declaraciones de Derechos, se alteran las fórmulas que establecen el equilibrio de los Poderes, se modifican los órganos legales de éstos, Parlamentos, Poder ejecutivo, Tribunales, etc., y todo queda lo mismo. En cambio, puede darse el caso de permanecer, aparentemente, la organización política

externa, el aparato legal, y producirse, no obstante, modificaciones esenciales por el influjo de la opinión y de las costumbres. Es el ejemplo bien conocido de Inglaterra, donde subsisten las formas políticas y jurídicas más arcaicas al lado de las realidades sociales más modernas.

De lo contrario es buen ejemplo Francia. La Gran Revolución destruye la monarquía y esboza la organización de los poderes democráticos; ataca a la Iglesia en su fortaleza económica y erige, frente a las jurisdicciones feudales, la justicia popular. En la vieja Francia no hay nada que se parezca a la Asamblea Constituyente ni a la Convención, ya que los Parlamentos eran solo unos Tribunales con algunos privilegios de carácter político. Pero esto se debe a que la Gran Revolución es, no obstante lo que se ha dicho y repetido en contra, una verdadera revolución social. Modifica las relaciones entre las clases; levanta a unas y deprime a otras. Combate a la Iglesia, mucho más que en sus dogmas, con lo que hubiera conseguido muy poco, en su poder económico. Cierto que la Gran Revolución no lleva hasta las últimas consecuencias sus principios, pero, con todo, alumbró una nueva realidad social y mediante ella una nueva sociedad humana. Después de todos los cambios y vicisitudes del período revolucionario, a través de la larga serie de acciones y reacciones de las diversas fuerzas sociales, la Francia que encuentra y deja Napoleón es enteramente distinta de la que encuentra y deja Luis XIV.

Viene luego una serie de cambios que alteran sin cesar las formas políticas y no modifican en nada la profunda realidad francesa. Lo mismo da la Restauración que la Monarquía de Julio; entre los Borbones y Luis Felipe no hay ninguna diferencia esencial. Si algún progreso se advierte es en la corrupción, en el escepticismo. El segundo Imperio es un nuevo ensayo infecundo de democracia burguesa después de la agitación revolucionaria del 48. El espíritu conservador francés busca en vano la fórmula de equilibrio entre la reacción y la

revolución. No lo logra ni aún con la tercera República, que surge de una Asamblea monárquica por la mayoría de un voto. Es todavía la sociedad francesa tal como la dejó la Gran Revolución; el Código civil intangible, a pesar de las mayorías socialistas y de la propaganda revolucionaria del comunismo.

Y no digamos nada de España. Llevamos cerca de siglo y medio de cambios de postura. Cada movimiento revolucionario trae una modificación constitucional. El de 1820 restaura la Constitución de 1812. La primera guerra civil nos ofrece, como espontánea concesión de la Corona al espíritu liberal en lucha contra la facción carlista, el régimen moderado del Estatuto. A la sublevación de la Granja sigue la Constitución democrática de 1837. La reacción de 1843 nos brinda la Constitución doctrinaria de 1845. La Revolución de 1854, abortada, incorpora a la serie de nuestras Constituciones el Acta Adicional de 1856. La revolución de septiembre promulga la Constitución casi republicana de 1869. La Restauración combina todos estos ingredientes y nos ofrece, más o menos corregida, con algunos toques de 1837 y 1869, la Constitución moderada de 1845. Cada una de estas Constituciones varía, sino los derechos fundamentales, aunque también hay diferencias importantes en su numeración, las garantías de los mismos, la composición del Parlamento, etc. Ya se mantiene la intolerancia religiosa, ya asoma una tímida libertad de cultos. Ya el Senado es de carácter electivo; ya de nombramiento real, o mixto de miembros electivos y de senadores vitalicios, designados por la Corona, y de senadores por derecho propio. Ya se mantiene el sufragio restringido o se proclama el sufragio universal. El Jurado aparece y desaparece según las vicisitudes constitucionales, y la Ley de Imprenta sigue las vacilaciones del péndulo constitucional. Las asociaciones tienen más o menos garantías legales según los principios que la Constitución afirma, y el derecho de reunión es más amplio o más restringido según la orientación de la ley fundamental. Con to-

das estas diferencias, sin embargo, la práctica constitucional es siempre la misma, porque no varía el modo de gobernar ni se modifican las costumbres políticas. A través de tan larga serie de Constituciones, permanecen invariables los dos grandes criterios de gobierno: la arbitrariedad y la violencia. Con tales o cuales garantías, el resultado es siempre el mismo: la ausencia total de garantías. La prensa vive bajo el régimen de la censura permanente. El Parlamento es eternamente una ficción. La Iglesia constituye, por encima de las leyes, un poder político. Y la fórmula de todos los gobiernos, lo mismo conservadores que liberales, ante las grandes reivindicaciones del pueblo, es siempre la misma: represión.

Es que no se ha tocado a nada fundamental, a nada esencial. Salvo algunas reformas de carácter social y económico votadas por las Cortes de Cádiz bajo los apremios de la guerra, solo se ha producido una legislación formal, que no afecta en nada a los grandes intereses ni a las profundas masas de la sociedad española. La revolución española, la verdadera revolución nacional, no ha avanzado un paso a través de todas las modificaciones constitucionales del siglo XIX, y es preciso enlazar, para plantearla de nuevo, con los grandes pensadores y auténticos revolucionarios de fines del siglo XVIII, que es de donde sale un Costa, la única voz viva y española que resuena en medio de la desoladora vaciedad democrática de su tiempo. En todo nuestro siglo XIX lo único que hay de fundamental desde el punto de vista revolucionario es la Desamortización, aunque llevada a cabo del erróneo modo que ya censuró en su época Florez-Estrada. De ella vivió el liberalismo español más de cien años. Y ella fué —la nueva desamortización civil, complemento de la eclesiástica, que no otra cosa es lo que se llama reforma agraria— lo que suscitó el levantamiento feudal de la España monárquica y plutocrática contra la República de 1931.

Y ahora seguirá España debatiéndose y destrozándose

bajo el fascismo, como bajo la Monarquía y la República, porque el gran problema queda en pie, inconvencible, y ante él son impotentes las bayonetas. El empleo de la fuerza tiene en el orden económico una trascendencia que no alcanza jamás en lo político. Nada más fácil que perturbar una economía; lo difícil es restablecerla. Nada más fácil que destruir riqueza; lo difícil es crearla. Basta un martillazo para destruir un prodigio de la técnica industrial; hace falta mucho tiempo y mucho trabajo para volver a levantarlo. Las mismas relaciones del cambio, tan naturales, tan espontáneas, sufren con la violencia tal perturbación que llegan a hacerse imposibles. Se trata de aumentar el bienestar y lo que se aumenta es la miseria; se pretende imponer la justicia y lo que se realiza es el despojo. Y esto, que se da en todas las subversiones que no llegan a revoluciones creadoras, se agranda y multiplica cuando se trata, no ya de luchas entre clases, sino entre grupos de una misma clase, ya sea el proletariado, ya la clase media que hasta ahora ha venido rigiendo la política democrática. Entonces la desorganización llega al máximo; las perturbaciones, el delirio. De aquí que la unidad de las clases sea una condición esencial del progreso aún dentro de la misma lucha de clases. La falta de unidad de la burguesía española, dominada por sus elementos más reaccionarios, no solo dificultó el progreso político y económico del país, sino que nos condujo a la catástrofe. Y la falta de unidad del proletariado fué la causa de que se malgastara en luchas interiores lo que pudo y debió ser supremo esfuerzo revolucionario y creador en el más grave trance de nuestra historia.

VIII.—*La rebelión militar española.*

La rebelión franquista es algo sin precedentes en la Historia de España. Ni los “pronunciamientos” ni las guerras civiles del siglo XIX son nada comparable.

El Ejército español, que se subleva tantas veces, no lo hace nunca —no lo proclama, al menos— contra la libertad. El movimiento de 1820 tiene por bandera la Constitución de 1812, y lo mismo la sublevación de la Granja. Espartero se “pronuncia” en 1840 en defensa de la Constitución liberal de 1837 y contra la reaccionaria ley de Ayuntamientos. El alzamiento contra Espartero de 1843 es, en el fondo, una conspiración reaccionaria, pero tiene como pretexto la protesta contra la política personal y arbitraria del Regente; por eso se suman a él muchos progresistas, y entre ellos un enemigo de Narváez tan conspicuo como Prim. Una vez triunfante la coalición, son eliminados astutamente los progresistas, previa la vergonzosa exoneración de Olózaga, y se inaugura una etapa de gobiernos moderados caracterizada por la violencia y la represión. Pero no se llega, ni mucho menos, a la supresión del régimen constitucional y parlamentario. El movimiento de 1854 es tanto como una sublevación un movimiento popular; en él aparecen unido O’Donell y Espartero, y, cuando se produce la contrarrevolución en 1856, el Ejército se muestra dividido. La revolución de 1868, que comienza con la sublevación de la escuadra en Cádiz y termina en su aspecto militar con la batalla de Alcolea, se hace en nombre de la soberanía nacional. Pavía no se levanta contra la República, sino para salvarla del caos, aunque yerra gravemente en el procedimiento. La sublevación de Sagunto no se hace para restablecer el absolutismo, por el que luchan los carlistas en el campo de batalla, sino el trono constitucional. Durante la Restauración, todos los movimientos del Ejército son de carácter republicano. Y con los republicanos coquetean las Juntas de Defensa en 1917. La Dictadura de Primo de Rivera fué el resultado, mucho más que de un movimiento del Ejército, de una iniciativa de carácter personal y de un acto de audacia; no tardan en producirse las conspiraciones entre los propios militares, y el Dictador acaba por conceitar con su gobierno la oposición de la mayoría del Ejército. Un levantamiento en masa del Ejército español

contra la libertad no se produce hasta 1936, merced a una trama de vasto alcance internacional.

Las guerras carlistas no fueron la obra del Ejército nacional. Hay en el campo carlista generales, jefes y oficiales que proceden del Ejército, pero pocos; y todos los grandes caudillos, salvo Zumalacárregui, son de origen popular. La gran masa la constituyen los voluntarios. Si hubiera que señalar una institución incubadora del carlismo, a nadie se le ocurriría citar el Ejército y todo el mundo pensaría en la Iglesia. El carlismo no sale de los cuarteles ni de las academias militares, sino de las sacristías y de los conventos. Cabrera, el más grande soldado del carlismo, era un seminarista. El Ejército se manifiesta casi unánimemente por la causa liberal, que es entonces la causa nacional. Mientras progresistas y moderados disputan en las Cortes —y a esas luchas políticas se deben la Constitución de 1837 y la Desamortización—; mientras los ministerios se suceden— Martínez de la Rosa, Torrero, Mendizábal—; mientras Don Joaquín María López y Olózaga preludian las grandes jornadas de la etapa isabelina, el Ejército combate unido contra los enemigos de la libertad española, de la legalidad constitucional común a todos liberales. Juntos pelean, por la misma causa, aunque no sea siempre en el mismo teatro de la guerra, Espartero y Narváez, O'Donnell y Prim, Oráa y Don Diego de León. Es la tradición nacional que viene de la guerra de la Independencia. Ya entonces han surgido, en las Cortes de Cádiz, los partidos. Ya están los españoles divididos en liberales y “serviles”, en blancos y negros. Pero en el campo de batalla, en la lucha contra el invasor, se confunden los que han de ser caudillos del liberalismo, como Espoz y Mina, con los futuros adalides de la reacción española, los Eguía y los Elio. Y solidarizados, ya que no juntos, pues cada uno lo hace por su cuenta y riesgo, pelean los grandes guerrilleros, el Empecinado, futura víctima, y el cura Merino, futuro verdugo. A todos los une la misma idea nacional, la misma idea española.

El españolismo no ha comenzado todavía a desdibujarse, a desvanecerse. Se es español, ante todo, y se es militar, soldado de la patria, porque se es español. Se es español suspicaz y puntilloso. Por eso se protesta en la guerra de la Independencia, cuando los ingleses, que son nuestros aliados, traían de guarnecer a Cádiz con sus tropas y pretenden que se dé el mando de las españolas a su gran general Wellington. Por eso, por decoro español, se abstienen de unirse a los “cien mil hijos de San Luis” los generales y jefes que simpatizan con la causa absolutista. Por eso, en los momentos más difíciles de la guerra de los siete años, cuando Cabrera llega hasta Vallecas, y el cabecilla Gómez lleva sus depredaciones y sus rapias hasta Andalucía, y Don Carlos se asoma a Madrid por detrás de las tapias del Retiro, se combate al Gobierno que pide a Francia el auxilio de un cuerpo de ejército y se protesta ruidosamente contra la intervención. Es la dignidad española, que ha impuesto siempre a todos los españoles, aún a los más rebeldes y díscolos, la lealtad al sentimiento nacional.

El Ejército de 1936 es el Ejército desespañolizado. Jamás los generales españoles del siglo XIX, los generales de las conspiraciones y los pronunciamientos, solicitan ni aceptan la intervención extranjera. Hubo generales españoles traidores a la revolución, pero jamás la combatieron al lado de soldados extranjeros, con banderas, insigias e himnos extranjeros. Hubo generales que fueron gobernantes crueles, autores de bárbaras represiones, pero todos, hasta Narváez, han tenido “corazonadas” y rasgos de caballerosidad. Todos se han inclinado respetuosamente, sino cordialmente, ante el adversario vencido. Las amnistías generosas son tan españolas como las represiones salvajes. Hasta el feroz Cabrera se conmueve ante el dolor de los niños, ahora destrozados a millares por las bombas. El odio implacable de los cabecillas bandidos no hubiesen podido ni imaginar siquiera las atroces represalias de estos pretendidos nacionalistas. Es el nacionalismo extranjero

vacío de sentimiento y de espíritu español, de hidalguía española y de piedad cristiana. Es la desespañolización del alma nacional. La desespañolización y la deshumanización. Porque solo se es hombre —hombre y no monstruo— en la medida en que se responde al carácter y al espíritu de la raza y del pueblo.

IX.—Imperialismo y militarismo.

¿Qué se diría de un hombre, personaje civil o militar, conquistador o bandido, que, después de haber devastado su propio país, destruido las ciudades, arrasado los monumentos, asolado los campos, incendiado y eventado todos los útiles del trabajo, se sentara sobre un inmenso montón de ruinas, o sobre una roca pelada en lo alto de una cordillera, y dijese: ¡Ahora soy un Emperador! ¿Y sería el Imperio más vasto por ser mayor la obra de destrucción y alcanzar la desolación y la muerte más dilatados confines?

El Imperio no surge de la furia destructora ni es una improvisación de la megalomanía. Es la manifestación última de un proceso lentísimo, desenvuelto en el curso del tiempo, en que las más fecundas actividades humanas se ponen a prueba. La energía de un núcleo logra primero asentar y fortalecer un centro vital, y ese centro vital es una economía, una organización jurídica y una cultura que se desarrollan en pugna con otras creaciones análogas y solo triunfan y se imponen cuando son superiores. La población, más numerosa o más activa, comienza por absorber a otras menos densas o más débiles. Y lleva consigo, al extenderse, la fuerza creadora que solo en último término apela a las armas. Lo que hace los Imperios no es la violencia, aunque una de las formas de expansión imperial sea la conquista: es el trabajo, la riqueza, la civilización. Generalmente los núcleos imperiales son rudos y pobres, y solo el tenaz esfuerzo llega a hacerlos ricos y civilizados. El tosco arado, que aún subsiste, es mucho, más que las legiones, símbolo de Roma,

y el supremo recurso de César fué la concesión de la ciudadanía a las Provincias. El derecho y el idioma unificaron a Italia y asimilaron todo lo que era susceptible de ser incorporado a la idea romana. Fué así como por vez primera se manifestó en el mundo el principio de universalidad. La idea imperial no es sino una cúspide. La inmensa base es una ingente masa de intereses que se van formando en las relaciones de la producción y del comercio y en la práctica de las instituciones administrativas. Solo los pueblos creadores de leyes, inventores de sistemas jurídicos, son pueblos imperiales. Así Roma, y así Inglaterra. Lejos de ser el derecho, como quiere el materialismo histórico, una superestructura, es en la sociedad a modo de esqueleto o de espina dorsal.

Es, pues, el Imperio, ante todo, una vasta organización jurídica. Que no sea la organización jurídica del porvenir es otro problema. De momento basta no confundirla con el aparato militar. Lo que hace el Imperio no es el Ejército. El Imperio es una creación civil. Roma no fué un Imperio porque tuviera la fuerza militar que todo el mundo sabe, sino que tuvo esa fuerza porque era un Imperio. El Imperio Británico no se debe a la armada inglesa, que es solo una pieza, por importante que sea, del tablero imperial. No es la fuerza la que hace el Imperio, sino el Imperio el que hace la fuerza. Ni los cuarteles ni los regimientos son, por sí mismos, manifestaciones auténticas de la idea imperial. Se puede tener un gran Ejército, incluso un Ejército monstruoso, en relación con la población y los recursos económicos del país, y no ser sino una caricatura de régimen imperial. El Imperio no tiene por símbolo la espada, aunque se sirva de la espada en ocasiones. El Imperialismo no es el militarismo.

En el Imperio el Ejército es una institución entre otras—como la Administración, como el Parlamento, como los Tribunales— y solo puede invocar una autoridad especial de jurisdicción; el militarismo es el predominio de la clase mili-

tar. En el Imperio el Ejército es una fuerza al servicio de la idea política, al servicio del Estado; en el militarismo es el Estado el que está al servicio del Ejército. En el Imperio el Ejército es un instrumento nacional, que concurre con otros a la realización de fines nacionales; en el militarismo el Ejército es el instrumento antinacional por excelencia. El militarismo es la tenia del Estado, el gran parásito de los pueblos débiles, en trance de disolución y de muerte.

Sobre UNAMUNO

por MARIA ZAMBRANO

Hace ya tres años que se apagó su voz. Era lo que parecía tener más que nada: voz. Resonaba por todo el ancho espacio de España infatigable, conmoviendo, removiéndolo, no dejándonos eso que tanto dice ansiar el español: "vivir en paz". Es bastante dudoso que, realmente, el español quiera esto que tanto dice y habría que ver en qué ocasiones lo dice y respondiendo a qué inextrincados acontecimientos. En todo caso, no era Don Miguel el hombre destinado a traerla. Pero la guerra tampoco era su clima y en ella sucumbió como llama que se apaga en una campana neumática, repentina y sordamente, casi sórdidamente. Su vida, su palabra y su obra era guerra, pero en la paz. Eran agonía y la guerra propiamente no lo es porque en ella no se deja tiempo para agonizar. En la guerra, toda lucha que no sea la mecánica, directa y elemental queda abolida y los agonizantes de cuerpo y espíritu quedan sin espacio, ni tiempo, abolidos de golpe.

Hoy, al cabo de estos tres años, la agonía de Don Miguel vuelve nuevamente a ser actual, o como se dice en español vuelve a ser el pan nuestro de cada día y como pan de cada día, lo único, tal vez, en que todos comulgamos. A decir verdad, seguimos echando de menos el estudio revelador, la mirada amorosa, la palabra que entre en diálogo con él. No podemos intentarlo en las líneas que siguen que no son sino trozo o fragmento de algo a lo que nos resulta imposible el

renunciar, un volver la cabeza para escuchar despacio y con más calma que cuando su voz las decía en alto, sus palabras. En suma, recoger su herencia, su amarga experiencia.

No deja de ser parte de la herencia de Unamuno la lección fecunda de sus "clásicos", de los que influyeron honda y continuamente sobre su obra.

Sabida es la influencia que proyecta el danés Kierkegaard sobre el español Unamuno, influencia de índole delicada que sería de interés esclacer. El propio D. Miguel, a lo largo de sus escritos lo dice innumerablemente, con insistencia machacona. Mucha son las páginas en que Unamuno cita, nombra y alude al lejano escritor. Y no para recoger sus pensamientos, pues la verdad es que quien solamente sepa del atormentado danés lo que haya recogido de las obras de nuestro D. Miguel, no tendrá una idea muy clara, ni muy precisa de su pensamiento. Pero, en cambio, le quedará la impresión como de haber recibido una huella imborrable; se sentirá arado, marcado por una personalidad fuerte y profunda.

Pero tampoco esta huella que deja tras de sí las alusiones múltiples nos revelan gran cosa. La fortaleza de la impresión, la profundidad del surco, queda por igual en toda la obra de Unamuno. Y dentro de su obra está incluido todo aquello que trata y toca. La obra de D. Miguel crea una atmósfera densa, un espacio con sus propias dimensiones, con sus especiales fuerzas y propiedades. Y esta es, sin duda, una de las condiciones más decisivas de la persistencia, de la "realidad" de la obra del autor.

Así, todo lo que cae dentro de la obra unamuniana le queda inmediatamente sometido: Kierkegaard como cualquiera. El San Pablo que cita Unamuno es el San Pablo de Unamuno, el San Pablo unamuniano, y este ejemplo quizá no sea muy afortunado, porque San Pablo, por no sabemos que misterio-

sas causas, permanece más igual a sí mismo, menos alterado que cualquier otro, dentro de esta espesa atmósfera.

Para el estudio de la obra de D. Miguel y de su significación dentro de la vida española, será capítulo inicial el examinar sus "clásicos" y establecer las diferencias delicadas, a veces sutiles, que marcan para cada uno de ellos una situación diferente, una función específica. Cada uno de estos clásicos tiene un parentesco con él. Y así Kierkegaard nos aparece como un hermano.

Como un hermano. Pero este parentesco es muy peligroso en D. Miguel, para quien la tragedia "del otro" es medular; para quien la relación amor-vidia fraternal está al mismo nivel dramático que la relación paterno-filial. Su alma, su alma de este mundo, se debate entre dos vínculos tan ateznantes, sumergiéndose en ellos y a la vez queriendo evadirse, liberarse. (Y claro es, que esto de querer liberarse ya no sería del alma de este mundo.)

Kierkegaard puede ser el hermano; más el hermano distante, que no arrojó sombra. Y no arroja sombra porque la lejanía geográfica es menor aun que la distancia espiritual. Porque su parentesco solamente se refiere a un punto, muy profundo, pero a un punto nada más.

No es el pensamiento donde hay que buscar ese punto, por la doble razón de que ni Kierkegaard, ni Unamuno son hombres de pensamientos; son hombres que pensaron, en quienes los pensamientos no son lo más importante. Lo que importa es el origen de esos pensamientos, la tragedia que los hace brotar. Tragedia en otros casos oculta, más nada oculta en nuestros dos escritores, que la revelaron a todas luces, íbamos a decir, sin pudor, y desde luego, con la esperanza desesperanzada que a ambos caracteriza. Revelación de su tragedia personal en que a la vez va un grito de llamada al hermano y una soberbia que rechaza la posible respuesta.

Y la tragedia que llevan confundida con la vida, es la misma, la misma genéricamente. La tragedia del cristiano, que es la tragedia del hombre. Mas, esto parece contradictorio, porque ser cristiano no es tragedia, sino al revés, es la salida, la liberación humana de la tragedia. Del mundo antiguo, que es el de la tragedia, se salió por dos caminos: el de la filosofía y el del cristianismo. Y sin embargo, estos dos cristianos, son implacablemente trágicos. ¿Por qué?

Kierkegaard dice con una sencillez desusada en él y propia de una parábola: "Plantad un roble en un vaso con tierra y le hará estallar; verted vino nuevo en viejos odres, se quebrarán. Mas, ¿qué pasa cuando Dios se implanta en la debilidad humana si no nace un nuevo hombre, un nuevo vaso? Pero, este nacimiento ¡qué trabajo terrible, qué rudo parto!" Revela aquí Kierkegaard la angustia del cristiano, del cristiano que no lo es todavía. Para él ser cristiano es, como para San Pablo, el advenimiento de un hombre nuevo sobre las cenizas del antiguo. No le basta, nó, eso que la sociedad conformista llama principios, leyes, mandamientos y aun intenciones. Kierkegaard se da cuenta lúcidamente —para eso le sirve su claridad mental de filósofo— de lo que significa ser cristiano; llegar a ser otro hombre.

Y de ahí la tragedia del cristiano cuando todavía no tiene sino la semilla que lucha por germinar dentro del viejo vaso, del hombre antiguo, del hombre carnal con sus anhelos, sus ambiciones, su carne y hasta su inspiración. El viejo odre, el hombre pagano, diríamos por usar la terminología de Kierkegaard; el hombre de carne y hueso, para usar la del celtíbero Unamuno. Y esta lucha de la semilla cristiana con lo viejo que le resiste, que axfisia su ímpetu, es lo que les asemeja. Mas, lo que en ambos se opone a la semilla cristiana, es muy diferente.

En el pensador y poeta danés, el "hombre nuevo" tiene que nacer en el viejo vaso de la filosofía y de lo que es todavía

más grave, en el inmenso territorio de la poesía. Este “rudo parto” consumió su vida entera: su tiempo y su ímpetu. Todo, todo lo fué entregado a esta voraz semilla para su germinación: amor, amistad, ambición intelectual y hasta eso más difícil de entregar: la poesía. Difícil porque es ella la que nos toma y además por su gran semejanza con lo que va a nacer. La poesía es también revelación y cuando surge en el corazón del hombre por vieja y obscura que sea su cavidad, un hombre nuevo aparece. Las dos semillas crecen entremezcladas y las dos son capaces de hacer quebrar el vaso. Porque la semilla necesita tierra donde germinar. Y el obscuro, doliente, corazón humano, por desolado que esté, es necesario para que las dos fuerzas divinas se manifiesten.

Kierkegaard hombre, sentía dentro de sí la gracia de la poesía y la ambición de la filosofía —ya es de por sí un drama—. Y ante ellas, alimentándose de ellas y aniquilándolas a la vez, la otra gracia, la de la semilla cristiana. Su lucha fué mucho más delicada, más compleja, más difícil que la de Unamuno. Y es más antiguo y más moderno que él. Si vamos a ver, es una reproducción ya dentro del cristianismo, del drama del paraíso cuando el inocente Adán fué tentado por la astuta serpiente del afán de sabiduría. “Seréis como Dioses”. Mas, ¿cómo? El filósofo dice: por mí mismo. El poeta, tal vez, espera sin decidirse. Mas, el cristiano no puede ni tan siquiera abrigar semejante pensamiento; tan solo puede aguardar que la divina palabra descienda hasta su pobre corazón de carne. En Kierkegaard lucharon estas tres actitudes: ambición de la filosofía, indecisión del poeta, y la semilla del cristianismo, de “ese Dios que se implanta en la debilidad de la naturaleza humana”.

Kierkegaard tuvo clara conciencia de todo esto, pues tuvo ante todo, conciencia. De ahí su angustia. Angustia de sentir la oposición del poder, angustia más que nada en los vacíos que deja la gracia. Con tantos seres posible dentro de

sí, sentía el vacío, la inanidad de todos ellos. Y lo único que podía conferirle ser, no se mostraba en la plenitud.

Pero Unamuno, el terrible español Unamuno, vivió su tragedia de otra manera. Sin ambición filosófica apenas y poseído por un ímpetu que le hacía ser caña que canta —y no que piensa— la gloria del señor. El sintió la lucha entre la voracidad de la carne, del hombre de carne y hueso y la divina voracidad de la nueva semilla. Entre el hombre que quiere vivir en la tierra —que quiere afincarse en ella, llenarla con su rastro y con su fama— y esa otra simiente arrojada en su espíritu. Simiente ésta que en sus elegidos pide y reclama para alimentarse todo lo que en ellos hay; simiente divina que no se somete a la lógica, ni tan siquiera a la lógica del “dad al César lo que es del César...” a no ser cuando al César solo hay que darle el olvido. Esta frase evangélica pasa y vuelve a pasar por las páginas de Unamuno, como si al repetirla reclamara una promesa. Unamuno parece decirse: está dicho “dad al César lo que es del César”, lo cual puede querer decir: “dad a la tierra, al vaso carnal, lo que corresponde a su hambre; lo que reclama su voracidad de reproducirse...” Y así también la resurrección de la carne, uno de los más constantes imanes de su pensamiento.

Pero la carne no solamente quiere reproducirse carnalmente. La carne anhela ir más allá de sí misma: quiere universalizarse, hacerse historia. Don Miguel también quería esto. En su libro “La Agonía del Cristianismo”, una de las más tremendas autobiografías que se hayan escrito, lo muestra bien claramente: lo quiere todo, todo. El poder le atormenta con su aguijón implacable. La paternidad con su anhelo, anhelo de hijos de carne y hueso, salidos de su sangre, y de hijos engendrados por su palabra hecha historia. Sueña en dar su nombre a todo un pueblo. Sueña con ser un patriarca del Antiguo Testamento. Y eso es, en verdad, lo único que hubiese podido aplicarle; lo único adecuado a su terrible voracidad de

ser. No sueña con salvarse como cristiano, como hijo. Únicamente como padre. Y de ahí su agonía, su oscura pelea con el Padre, con el poder.

Religión y política es el drama de nuestro D. Miguel. Política que es voracidad también, hambre de apropiamiento de todo un pueblo; apetito de fundador de un linaje inacabable que llene la tierra y resucite después, donde ya no haya muerte. Hambre desesperada de vida que le consumió, afán de conducir todo un pueblo que le hizo equivocar el camino tantas veces. Moisés solitario, Moisés sin multitud que le siga, con los brazos en alto sobre la tierra reseca, del desierto... Nos queda el eco de sus palabras ardientes... de sus alaridos sin respuesta; pues si la hubo, no pudo escucharla.

— He que... voy a serle a usted succionar sus opiniones y me voy a ir a hacer luego en letras de molde. Los señores como después me voy a hacer los señores del pensamiento, y para curarme en salud de esa mala costumbre, he decidido escribir varias cosas donde se vea como prima cada cual de las señoras que se leen.

— ¿Diferencia de la "Volada de Madrid"?
— Y por qué se de la "Volada de Madrid"? No es que a los señores se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde.

— ¿Diferencia de la "Volada de Madrid"?
— Y por qué se de la "Volada de Madrid"? No es que a los señores se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde.

— ¿Diferencia de la "Volada de Madrid"?
— Y por qué se de la "Volada de Madrid"? No es que a los señores se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde.

— ¿Diferencia de la "Volada de Madrid"?
— Y por qué se de la "Volada de Madrid"? No es que a los señores se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde, pero se les da ejemplo de escribir en letras de molde.

DIALOGOS DEL MALECON

OTOÑO ETERNO

por LUIS AMADO BLANCO

—¿Quiere usted que charlemos de España?

—¿Y por qué no?

—Es que... voy a serle a usted sincero; sus opiniones y las mías van a salir luego en letras de molde. Los escritores somos siempre un poco ladronzuelos del pensamiento ajeno, y para curarme en salud de esa mala costumbre, he decidido escribir varios diálogos donde se sepa como opina cada cual, sin tergiversaciones posibles.

—¿Influencia de la “Velada en Benicarló”?

—¿Y por qué no de los “Diálogos de Platón”? No es que Azaña sea un mal ejemplo de escritor, ni quizás de político, pero es bueno apuntar muy alto para que vean por lo menos que no se decide uno sino a cazar auténticas estrellas.

—¿Estrellas del cielo o estrellas en el sentido cinematográfico?

—Por su manera de conversar, preguntando, se vé que es usted gallego de pura cepa y no digo mal, ya que sé de los buenos vinos de Galicia, tan sabrosos como escasos. Yo me refería a las estrellas verdaderas, a estas estrellas que, ahora, sobre nuestras cabezas, nos están trasmitiendo un mensaje de eternidad.

(Mi interlocutor y yo estamos sentados en el muro del Malecón, en la Avenida del Puerto, de cara a los paredones

grises y altos de la Fortaleza de la Cabaña. Bajo sus muros, a la orilla negra y salobre del mar, respuntheado de luces de situación, el marinero barrio de Casablanca extiende las sombras de sus casuchas rotas de ventanas amarillas, tras los árboles secos, pero erguidos, de los veleros en reposo. El faro del Morro nos tira de vez en cuando una estocada a fondo, y a nuestras espaldas el Castillo de la Fuerza abraza sus fachadas centenarias, en el reposo de la hora vacía de curiosos. Hace cinco, que el cañón disparó el fogonazo de las nueve de la noche.)

—Pues, permítame decirle, amigo, que está usted parcialmente equivocado. Soy cubano y de los que no han podido desposarse con este anillo azul que nos circunda. Cubano sin otra tierra en los ojos que la suya propia. Pero mi padre era gallego y mi madre, cubana, hija de matrimonio gallego emigrado a “Cubita bella”. Yo tengo dentro, a fuerza de ensoñarlas en las palabras de mis mayores, la ría de Arosa, la de Pontevedra; la bahía de Vigo; los campos verdes, remendados de cultivos diversos.

—Entonces ¿por qué rectifica usted?. Y, además, ¿por qué piensa lo he buscado en esta noche para sostener mi primer “Diálogo del Malecón”? Aunque no muy abundante, en esta ciudad de la Habana existe también esa deliciosa planta del trasnochador, parásita de mañanas útiles. Pero no divaguemos. ¿Qué le recuerdan esos mástiles con las velas caídas?

—¿Pero, no decía usted que charlaríamos de España? ¿Qué tienen que ver los mástiles de esos viveros anclados, con España y con su terrible problema actual?

(El hombre, con la mano abierta y el dedo pulgar extendido hacia su frente, como si fuera a persignarse, se ha echado el cuidado sombrero de fieltro hacia atrás. Tiene cuarenta años. Alto y enjuto, con un fino bigote en el centro del labio, como la mina de un lápiz, entre la blanda carne de madera. Sonríe a menudo, y enseña una fuerte dentadura, quizás exce-

sivamente primitiva, bajo la mirada caliente de sus ojos negros. Subraya con los brazos sus palabras. Los alza, y sobre todo, vuelve de repente su mano diestra con la palma hacia arriba, en un gesto de pintura del Greco, salvo la velocidad del ademán.)

—Amigo trasnochador, es usted un supergallego. El trópico ha exaltado sus credenciales y pregunta a una velocidad, sin detenerse, que así va a ser imposible que dialoguemos. Yo debo preguntar y usted responder. Los escritores no hacemos otra cosa que interrogar a todo el mundo: a los hombres, a las montañas, a los automóviles. Además yo sé que por el día es usted un verdadero cubano: franco, abierto, comunicativo, y no es justo que la luz influya tanto sobre sus determinaciones caracterológicas. ¿O es que me he equivocado de hora para hablar con usted?

Tal vez. No sé si intencionalmente, pero me acaba de descubrir un secreto. Un secreto que yo me guardaba a mí mismo, con un celo que ahora comienzo a entrever. ¡Los hombres somos muy rara cosa! Pero de día o de noche, preguntando o sin preguntar, yo ya estoy tan lejos de ser español como usted celtíbero, a pesar de la diferencia de años. Han pasado muchas cosas. El mar separa mucho, y este sol calienta demasiado fuerte.

—Quizás tenga usted razón, aunque no en lo del mar. El mar separa y une; como el sexo une y separa; pero ¿qué le recuerdan esos mástiles con las velas caídas, ya sin interrogaciones posibles?

—No sé. ¡Si usted supiera! Yo trasnocho por estar sólo, conmigo mismo, por encontrarme y redescubrir las cosas que de día la gente, con su bullicio, borra y desmenuza. Por refrescar un poco este cuerpo mío, cansado del trajín, con el “indio” sobre los hombros. Por eso, ahora, me sería muy fácil decirle a usted muchas cosas sobre esas velas y esos mástiles. Hasta hablándole en poeta si fuera preciso; pero sin poesía de

verdad. Sin verdad verdadera. En realidad no me recuerdan ni me dicen nada trascendental, en relación con la España que yo le veo clavada en el pensamiento, como un clavo de dolor. Los hijos cercanos de los españoles somos, de cierta manera, un poco reaccionarios. Igual que conservamos, en algunos lugares, edificios, torretas y trozos de muralla, quisiéramos que España se quedase quieta para nuestro afán de posibles turistas. ¡La España eterna, la España de los viejas y heroicas costumbres! Desde luego ya sé que no tenemos razón, que con catedrales góticas o sin ellas hay que progresar; que lo que es hermoso de pasada, asfixia cuando es norma de vida, y que, en último extremo, la tradición no es vivir conforme a ella sino vivir de su amor y de su sólo efluvio. Pero permítame preguntarle, ¿qué le recuerdan esos mástiles marchitos de velas? Me tiene usted intrigado.

(Silencioso ha comenzado a entrar por el canal un barco de carga. Trae las luces encendidas y unos hombres, en camiseta, acodados sobre las altas bordas, tragándose los jardines en sombra y la cuadratura negra de las casas. A popa la bandera de la pasada monarquía española, y ahora de la reacción franquista.)

—Usted me va a permitir que, de pronto, no le conteste. Déjeme contemplar este espectáculo. ¡Un barco de España! Un barco con hombres de España, con blasfemias y lamentaciones españolas. Viene de un puerto gris, lleno de coros y de grúas, o de un puerto blanco, cuajado de guitarras y de solos terriblemente solitarios. Ha dejado atrás la opresión, el silencio comprado con balas homicidas, la tierra abonada de la mejor sangre española que jamás nadie pudo imaginarse. Ni aquí esos hombres podrán hablar. Allá, en la patria lejana, unas mujeres y unos niños están con el índice cruzado sobre sus labios amoratados de temor. Y así no se puede vivir. No hay manera de poder seguir viviendo. Usted que es de una joven nación que ha luchado por su libertad, que se ha rebe-

lado contra la misma tiranía que la que pretendió extirpar el pueblo español, comprenderá que para vivir de esa manera es preferible ser abono en los campos, espiga en los trigales, flor en el jardín romántico del recuerdo.

—¿No le parece a usted que debemos dejar la política y hablar únicamente de lo eterno español?

—Desde luego, conformes. Pero la eternidad está compuesta de partes de eternidad, de fracciones de eternidad, y nuestro tiempo es, para nosotros, más eterno que ningún otro, aunque a primera vista parezca un dislate. El tiempo corre que se las pela, pero nuestra vida se va afincando en nosotros mismos con tal firmeza, que sólo llegamos a concebir la eternidad como una proyección sin límites de nuestro pensamiento, de nuestro dolor o de nuestra alegría. De este modo, la eternidad eterna de todos los tiempos, es para nosotros un concepto solo visible desde nuestro mirador actual; más alto o más bajo, según las condiciones políticas de nuestra situación. Porque, amigo trasnochador, la política no es politiquería, sino nada menos que el arte de regir un Estado; es decir, el modo de conducir a un pueblo, en consecuencia, con sus costumbres e ilusiones. Política es también, en idioma castellano, cortesía; elegante manera de convivencia, sin la cual la política deja de serlo para convertirse en tiranía interesada. Por esto dejar la política y hablar de lo eterno español, es, cuando se quiere hablar con dignidad pensante y dignidad idiomática, casi la misma cosa. Claro que, a pesar de lo dicho, yo soy escéptico y en el mundo todo es según el color del cristal con que se mirá.

—Bueno, pero entendámonos. ¡No son ellos los propugnadores de las esencias históricas y ustedes, los republicanos, los renovadores, los que pretendían desgajar a España del pasado para crear una nación nueva y pujante?

—Comienzo a ver claro que es usted un auténtico cubano, lo que nada, en verdad, tiene que ver con ser un cubano

sí o nó auténtico. Usted no lo sabe, pero a mí me importa muy poco la ideología de las gentes. Lo que me importa es la gente en sí. La hay buena o mala y eso es lo principal; es decir, hay personas de buena o mala fé. Los que van a su negocio y los que creen y practican que, por encima del negocio, hay algo muy superior que se llama idealidad. Equivocada o no, mejor aun, conforme o no con mi personal manera de enfocar la vida, el sujeto idealista, que busca siempre el bien general por encima de sus particulares apetencias, me merece el más fervoroso de los acatamientos. Desde luego que se puede pecar por omisión, que es un pecado triste y amargo, pero aun en ese caso se puede perdonar por saber comprender. ¡Es tan bello el perdón y la magnanimidad! Entre las muchas cualidades extraordinarias que poseía vuestro Martí, una de las más excelsas era la de perdonar, porque sabía entender el flujo y reflujo de la marea humana. ¡Gran cubano aquel hombre! Pero volviendo a usted, comienzo a ver claro, como le decía, que es usted un cubano de verdad, imposibilitado en absoluto para comprender la tragedia de España. Las enfermedades que mejor conocen los médicos son las que ellos han padecido. Y no por otra cosa sino porque la han sentido bullir en su propia carne. Lo otro la patología restante, literatura solamente. Tan buena como usted quiera, pero literatura. Lo que no es sangre de nuestro pulso, sólo aproximación. Y como me decía usted antes, los hijos directos de los españoles toman por esencia histórica un trozo de muralla, una torre mozárabe o la camisa de Isabel La Católica. No, amigo, no. Para hacer de España una nación “nueva y pujante” no había que “desgajarla del árbol del pasado” —como usted insinuaba— sino al revés, volcarla sobre su historia, enraizarla de nuevo en la más firme capa de su terreno retrospectivo. Pero fíjese, le digo “enraizar de nuevo” y “firme capa”, porque refiriéndome a lo segundo, es muy fácil tomar el rábano por las hojas. Y es muy fácil, por aquello, primero, de enraizar

de nuevo. España está de espaldas a ella misma, a su destino, desde Isabel la Católica para acá, y como es lógico, desde entonces nos ha ido pésimamente. España es una nación difícil, cruzada y entrecruzada, y hay que saber muy bien lo que es su verdadera historia y lo que es historia postiza, que nos han pegado las circunstancias como quien pega un bigote en día de Carnaval. Ahí está la terrible diferencia, y no me haga usted un chiste, por favor. Hablar de verdadera historia de España pensando en Felipe II o en la dominación romana es tan falso como una decoración de teatro, por muy bien que finja para los espectadores. Esos y otros acontecimientos dejaron su huella, es indudable, en nuestro pueblo, pero no pudieron nunca con él. A veces sacaron a la superficie, exaltándola morbosamente, alguna particularidad psicológica dormida, o noblemente erecta, pero nada más. Y sería injusto, inhumano y cruel confundir nuestro ancestral "sentimiento trágico de la vida" como bautizó el padre Unamuno, con aquella amargura nórdica y aquella intransigencia avitaminósica que nos trajeron los Austrias. El pueblo hispano jamás fué inquisitorial, aunque ahora se pretenda volver a ella como una españolísima forma de Gobierno. Nosotros, los republicanos, anhelábamos volver a nosotros mismos, para desde nuestro centro y nuestra verdad poder marchar hacia el futuro. Las naciones, como los hombres tienen un destino y ¡ay! de aquellos que lo falsifiquen, eternos desventurados de la ficción.

—Con ustedes, los escritores, no hay manera de discutir, y ahora soy yo, el pretendido gallego, el que protesta. Primero me dice usted que viene a que charlemos sobre España, y no hace usted más que hablar, apoyándose en mis ligeras y aplastadas intervenciones; y segundo, se agarra usted a unas sutilezas casi imposibles de aprehender, sobre las que sería fácil dialogar, sin ponerse de acuerdo, no digo un decenio, sino un siglo. ¡Que si esta es la historia verdadera y que si esta

no lo es! Así no hay forma, compadre. Así no me podrá usted convencer de la razón suprema de la República. Yo, cubano, sin haber mamado el dolor de España, sin poder apreciar en toda su enorme gravedad esa circunstancia actual española, en donde se fundían problemas centenarios, no resueltos, y problemas de actualidad mundial, creo firmemente que lo único de verdad en el inicio de la catástrofe fué la distribución medieval de la riqueza agrícola... Y no pretenda usted interrumpirme que, ahora, estoy yo en el uso de la palabra. Desde luego no soy comunista ni siquiera marxista, como usted no lo será, cuando recalca tanto la acepción republicano. El marxismo en Rusia no es sino una teoría política puesta al servicio de una nueva forma de imperialismo, tan original y tan provechoso como se quiera, pero imperialista, y el marxismo a secas como panorama histórico, como filosofía de la Historia, me parece tan parcial y tan impotente como otra filosofía cualquiera. Su valor y su transcendencia son puramente políticos porque ha juntado a su sombra, por coincidencias muy largas de explicar, una serie de valores que, por humanos, es decir globales, no le pertenecen. ¿No recuerda usted aquella obra tan falsamente marxista de Don Fernando de los Ríos "El sentido humanista del Socialismo"? Esa distribución de la tierra, sin materialismos por regir en una fecha ya de imposible concatenación con el progreso circundante, tenía que desaparecer... y no se ofenda usted, va a desaparecer con Tírios o Troyanos.

—¿Y le parece a usted bien? ¿Y le parece a usted bueno que, para que tener que chocar y aplastarse contra una realidad imperiosa se mueran un millón de españoles y se destroce toda la economía de España? No, trasnochador cubano, eso es idiota, idiotamente criminal. Porque lo bueno es que no se iba a eso, mejor dicho, a esto que acontece. Se iba a lo otro, a lo medieval, pero como caminaban al azar, con brújulas y estandartes de mentirijilla, se dieron de bruces con el

fascismo como pudieron caer en brazos del cocotismo, pongo por forma de gobierno. Esto es falso y caerá, como caería el comunismo si esa insignificante fracción gubernamental, por azares de la propaganda guerrera, hubiera logrado imponerse en la hora del triunfo. En España no hay ni fascismo ni comunismo. Esas son mentiras, modas, jugar al presente europeo, cuando nosotros no somos europeos ni falta que nos hace. ¡No le preguntaba a usted, antes, qué le recordaban esos erguidos y pelados mástiles de los viveros y usted me devolvió la pregunta? Pues me recuerdan, amigo, los perfiles secos de nuestros árboles en el otoño. Un otoño diverso y enjuto que, usted, cubano, sin cambio de hojas, no conoce como anima el alma a la más dulce de las desilusiones. El paisaje se recobra a sí mismo en la desnudez máxima de su verdad, tirados al suelo los mil vestidos del follaje. El morado, que es golpe cardenal, se insinúa en las áxilas y vertientes, quizás consecuencia de un paroxismo de amor. El suelo es de oro, de fortuna que no importa porque se ha ido la juventud. Y usted se siente divinamente triste, y divinamente bueno, en el comienzo de una existencia mística, sin otras preocupaciones que el cielo, que es verdad, entonces, es cielo y es azul, y sombra de azul: un negro sin lutos, porque hay un más allá que espera.

—¿Se ha vuelto usted poeta?

—No, amigo, me he vuelto español eterno, con cuello y corbata mil novecientos treinta y nueve.

—¿Entonces?

—Entonces, lo mejor será que nos vayamos a nuestras casas. La aurora está ya detrás de la línea esperando dar un salto sobre el horizonte, y a mí me hace daño esa luz agria y preguntona de los amaneceres. ¡Si fuera un véspero! Aquí en la Habana, desde el Malecón, mirando al mar abierto en los atardeceres, uno se figura, por la mucha calma de la fresca

brisa, y por el mucho adobe de la luz, que tiene tras de sí el vía crucis de un árbol sin superfluidades, y bajo el tacón el milagro crujiente de una hoja seca... Buenas noches.

—Pero ¡así, sin llegar ni a una sola conclusión? ¡Y usted era el que venía a caza de opiniones?

—Quizás nos encontraremos otro día. Quizás volvamos a charlar y a no llegar a ponernos de acuerdo, ni a intentarlo siquiera. Eso está bueno para los teutones. Pero, por Dios, no me obligue usted a quedarme ni un minuto más. Llámeme loco, pero déjeme que me vaya.

El nuevo sol de hoy, demasiado cortés, está, por mi culpa, retrasándose. Retrasándose para no producirme el atroz desencanto de ver que no tengo hojas de otoño en mi desesperanza.

Diciembre 1939.

LA GUERRA

Ruso-Finlandesa

por JOSE ASENSIO

General y Ex-Subsecretario del Ministerio de la Guerra

La ansiedad y el interés de la guerra entre Francia e Inglaterra con la Alemania de Hitler se han obscurecido en el interés público, en estos dos meses últimos, por la encarnizada y sangrienta lucha ruso-finlandesa, de gran trascendencia para la vida futura de una Europa democrática y sin ansias imperialistas, y sin predominio de clases; por los acontecimientos de la lucha y la heroicidad del pueblo finlandés que defiende su territorio y su independencia y dignidad nacional contra las ambiciones históricas del coloso ruso. El frente occidental ha sido relegado a segundo término, de la cuestión de Polonia nadie habla y hasta el episodio del combate naval en aguas de América entre el "Graf Spee" y una patrulla naval inglesa parece desvanecido en la memoria del resto del mundo.

Lo de Finlandia puede representar muchas cosas, interpretarse desde muy diferentes puntos de vista y de su examen deducirse muchas consecuencias del pasado, y principalmente sobre dos puntos, uno la guerra de independencia española y otro la esterilización y anulación del pacto militar franco-ruso. Causas todas ellas de la actual guerra europea y que amenaza

al mundo por sus complicaciones, principalmente desde la actitud de sanciones y ayuda adoptada en la Liga de la Sociedad de Naciones, poniendo una vez más de manifiesto la nula importancia concedida a la República Española, cuando clamaba en petición de justicia contra la agresión italo-alemana. Otro hecho singular que entenebrece la paz del mundo es la marcha de embajadores de Moseau con sin inigual coincidencias, y con despedidas y frases poco acostumbradas en el lenguaje de la Cancillerías.

En la lucha, a pesar de los deseos unánimes del mundo de que venzan la razón y la justicia, representadas en este caso por Finlandia, contra el invasor, que solo obedece a una tradición imperialista histórica y un prurito de dominio inexcusable, basado en necesidades estratégicas de propia defensa, que más que nada eran una amenaza para el resto de Europa, la victoria no podrá estar al lado de Finlandia, aun cuando obtenga éxitos momentáneos, gracias a la ayuda del gran estratega "General Invierno", pero es indudable que no ha de poder vencer al coloso ruso, hasta el punto de imponerle por la fuerza las condiciones de una paz o de cesación de hostilidades.

No está fuera de lugar tampoco la esperanza de que Rusia no ha de poder obtener una gran victoria y definitiva sobre el pueblo que defiende su libertad y su independencia, si las manifestaciones de simpatía dejan de ser platónicas, y Finlandia recibe también con oportunidad los suficientes auxilios materiales de todo orden que varios países están decididos a prestarle y muy principalmente los Aliados. Pero es preciso que, si no han empezado a hacerse efectivos, lo sean cuanto antes para evitar nuevas victorias rusas, que sin duda alguna acumulará nuevos refuerzos aun cuando tenga que desguarnecer otros lugares para su estrategia política de gran importancia.

Es posible que Stalin, gran Dictador del proletariado, en cuyo nombre actúa, tenga in mente la idea de emular al Zar

Alejandro I, que se presentó ante el Congreso de Viena en forma que parecía el libertador de Europa. Y así como Alejandro logró que el Congreso le concediera la retención por Rusia de Finlandia, conquistada en la guerra con Suecia de 1809, la Besarabia procedente de Turquía y otros territorios por el S. E., Stalin ahora, por defender la libertad de un Gobierno hecho por él, aproveche la oportunidad de realizar conquistas territoriales, para en momento oportuno presentar la cuenta de las aspiraciones rusas y sus servicios a Alemania, pidiendo las salidas al Mediterráneo y al Mar del Norte, además de la secular de desear costas fuertes en el Mar Báltico.

Desde hace varios años, Rusia se preparaba para este momento de que estallase un conflicto bélico, y gracias a su inconstancia y a la firma del pacto de no agresión con Alemania en Agosto de 1939 ha podido llegar a la situación actual atacando a Finlandia, nombrando un gobierno revolucionario para justificar su intervención y asegurando que en sus actos solo tiene la mira puesta en castigar las agresiones de que fué víctima. Nada de esto es cierto; quizás en un momento haya pensado Rusia en la necesidad de neutralizar la acción alemana en el Báltico; a consecuencia del pacto nazi-fascista, Italia tenía libertad de acción limitada en el Mediterráneo oriental y en los Balcanes, y Alemania ponía su vista en los nuevos países bálticos nacidos del Tratado de Versalles. Esta ruta alemana hacia el N. E. intranquilizaba a Rusia; quizás el precio del pacto de Agosto sea la libertad de Rusia para buscar bases navales en las aguas del Báltico, y al país que se le resistió, como Finlandia, lo invadió; su decisión de poseer una situación naval, quizás defensiva, en ese mar no admitía negativas.

La trayectoria de Rusia desde 1934 se veía en su orientación de la política exterior, tendente a integrarse en el ámbito de las grandes potencias, lo que significaba, o mejor dicho, revelaba el abandono de las ideas y principios revolucionarios

del régimen comunista, con determinada inclinación hacia el régimen capitalista de las naciones que dirigían la política mundial con vigor y firme resolución. En esa época necesitaba, por su situación especial en Extremo Oriente, la ayuda y el apoyo de tipo diplomático y económico de los Estados Unidos; su consecución es el primer paso para fundamentar su orientación política europea hacia el occidente. Asegurada la cooperación política Americana en los asuntos pendientes con el Japón, no importaba nada que el país fuese de régimen de capital; por todos los medios había de tender a anular la influencia y el odio de la Alemania de Hitler; de aquí su trayectoria en Europa.

Rusia, es decir Stalin, procura destacar la política de paz que practica la Unión cooperando en ésto con los Estados capitalistas y contando para ello con la potencia económica y política en pleno y creciente desarrollo; también cuenta para su influencia con las masas proletarias de los otros países y con el apoyo de su Ejército. No obstante, Stalin no ha podido dejar de decir a los rusos que el capitalismo era el responsable de la crisis universal y que era en esos países en donde la crisis hacía mayores estragos; la afirmación de que las naciones capitalistas preparaban la guerra para dividirse el mundo en zonas de influencia ha sido la tesis rusa hasta el momento de firmar el pacto con Alemania y llegar a ejercer la acción en Finlandia.

Para Rusia era Alemania una gran enemiga y se fundamentaba esta enemistad en las diferencias ideológicas, y principalmente en las traiciones y en la opresión que en Alemania había sufrido el proletariado; veía la diplomacia rusa que Hitler a toda costa quería organizar la guerra contra la Unión y condenó las teorías germánicas de superioridad de raza. Antes de la guerra de independencia española los rusos decían a su pueblo que una guerra sería un verdadero desastre.

Después de la sublevación española se produjo un hecho inesperado en el mundo, pero que ponía de manifiesto como Rusia se preocupaba de los asuntos de Occidente para contrarrestar la enemiga de Alemania y reforzar los pactos vigentes con Francia. En España se manifestó claramente que las naciones llamadas democráticas deseaban apartar a Rusia de la política en el occidente de Europa. Por otra parte, se vió que Rusia, que desde la caída del Zar no había tenido relaciones diplomáticas con España, deseaba una alianza, al parecer desinteresada, que le hiciera contar con un apoyo en sus relaciones con Norte América a través de mares en los que el Japón no tuviera influencia alguna.

Derrotada España, y establecido un régimen patrocinado por Alemania e Italia, la situación en el campo diplomático de Rusia se empeora, y de aquí que busque un acercamiento a Alemania, y se desligue de los compromisos que tenía con las naciones enemigas de este país, poniendo como pretexto la necesidad de proteger los países bálticos. La verdadera razón era que necesitaba Rusia asegurarse en sus fronteras y no podía en un momento determinado y en apoyo de una nación como Polonia, a la que quería absorber, verse mezclada en una guerra, la cual podía serle útil de otro modo para fortalecer sus posiciones.

La actual contienda en Finlandia demuestra la falta de preparación y la poca eficiencia del tan ponderado ejército rojo. Para nosotros ésto no ha sido una sorpresa; en España, excepto la aviación, y para eso no todo el material de esta novísima arma, se ha visto que era inferior en calidad y condiciones técnicas al alemán. Para Hitler pudo ésto haber sido una sorpresa, y por ello ha pagado muy caro la dudosa ayuda económica soviética, y ha cometido el grave error de dejarse guiar por los consejos de Von Ribbentrop, estableciendo compromisos con su enemigo ideológico tradicional. El pacto que ha desencadenado primero la guerra en Centro y Occidente de

Europa y que ha permitido a Rusia la agresión a Polonia, ha sido una traición a los ideales y el desconocimiento de la eficiencia del Ejército ruso por parte de Alemania y el exacto conocimiento de su potenciabilidad guerrera y los deseos de expansionarse por el Báltico de Stalin. Todo es la inevitable consecuencia de que el poderío bélico rojo no era lo que se sospechaba por las apariencias.

El hecho innegable es que la guerra ruso-finlandesa tiene importancia trascendental en el campo de la política internacional, bastante a repercutir decisivamente en la marcha del conflicto entre Francia e Inglaterra y Alemania, ya sea generalizándolo y conduciéndonos a una catástrofe universal, o bien facilitando llegar a una paz a fin de impedir la expansión rusa. Todo depende de que la anunciada alianza militar de Rusia y Alemania se lleve a cabo, y entonces, paralizando la acción de Finlandia, en donde, por la toponimia del terreno la guerra es de objetivos limitados, Rusia se lanzaría a conquistas por Asia, en busca de salida al mar, ínterin Hitler lo hacía por los Balkanes y el Danubio. La paz en Europa depende de lo que ocurra en el Báltico, y aún cuando gran parte de los pueblos, y muy principalmente el alemán, repudian la actuación rusa y su falta de sinceridad al presentarse como agredida por los finlandeses, no tendría nada de extraño que el polvorín del mundo estuviese ahora en el Báltico como antaño estuvo en los Balkanes.

New York, 4 Enero de 1940.

Datos *y* Documentos *para la* Historia

LA ACTUACION DEL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA. LA EVACUACION DEL CONSEJO EN VALENCIA Y GANDIA

DA COMIENZO LA ORGANIZACION DE LA EVACUACION.

Los Partidos políticos y las Organizaciones sindicales delegaron su representación en un miembro por cada provincia constituyendo, bajo la Presidencia de un Jefe de Estado Mayor, la Comisión de Evacuación, y hallándose todas las provinciales articuladas a la Comisión Central que radicaba en Valencia bajo la presidencia del General Jefe del Ejército de Levante. La finalidad de incluir un jefe militar en cada comisión fué la de utilizar sus conocimientos en estas materias y aprovechar cuantos vehículos militares se pudieran utilizar. Se comenzaron a hacer las listas y comenzaron a llegar gentes a Valencia y Alicante.

El Consejo radiografió al Presidente del Gobierno Francés pidiendo barcos y rogándole hiciera extensivo nuestro ruego al del Gobierno Inglés. Pedíamos autorización para transportar quince o veinte mil personas a Marsella y Orán. Otra radiograma fué dirigido al Presidente de México interesando admitiera estos refugiados políticos. La misma petición se repitió el día 29 desde Valencia. La respuesta aún no ha llegado.

A todo esto desde el Cuartel del General Jefe de la Agrupación de Ejércitos conocíamos la ofensiva comenzada por el enemigo en Extremadura, según iba informando por teléfono al Coronel Casado, quien a su vez se ponía también en comunicación con los Jefes militares que guarnecían aquel frente. Según iba empujando el enemigo, o se pasaban unidades enteras o no se ofrecía la más mínima resistencia. Los jefes de algunas unidades salían en busca de los puertos de Alicante y Valencia.

En la tarde del 27 en Madrid comienza a operarse el mismo fenómeno. Los soldados, hartos de lucha, abandonan los frentes y se marchan camino de la ciudad. Se van desplomando los frentes. Todos los soldados de uno y otro lado fraternizan por que "la guerra ha terminado".

MADRID SE QUEDA SIN FRENTES.

Todos los miembros del Consejo conocíamos la gravísima situación. Volvió el Consejo a insistir cerca de la CAMPSA GENTIBUS por radio para que urgentísimamente enviara barcos a Alicante y Valencia. (Sabíamos que el Gobierno Negrín tenía contratadas 150,000 toneladas y que en primeros de Mayo finalizaba el contrato).

Las Brigadas 40 y 42 y las de la División 19 se pasaban en masa al enemigo; precisamente las mismas fuerzas que dejaron desguarnecidos los frentes para ir a Madrid a luchar contra las fuerzas del Consejo; el teléfono de mi despacho del Ministerio no cesaba de llamar siendo la inquietud de cuantas personas a mí llegaban, grande y justificada. Convoqué con toda urgencia a todos los directivos de mi Partido y les dije que ERA NECESARIO DIERAN LOS NOMBRES DE TODAS LAS PERSONAS QUE HABIA DE EVACUAR AL REPRESENTANTE DEL MISMO EN LA JUNTA DE EVACUACION DE MADRID QUE ESTABA TRABAJANDO EN EL MISMO LOCAL DONDE EL CONSEJO SE REUNIA. LES

ADVERTI ENERGICAMENTE QUE HABRIAN DE ACTUAR CON FIRMEZA Y SERENIDAD PARA NO PRODUCIR NERVIOSISMOS QUE NOS CONDUJERAN A LA CATÁSTROFE. Yo marché a mi despacho. Las horas de la tarde avanzaban cuando se me presentaron los correligionarios Alvarez Zamillos y Teodoro López a decirme muy alarmados que los soldados patrullaban por grupos por las calles habiendo dejado abandonados los frentes; yo ya lo sabía, pero yo como todos los demás consejeros teníamos que estar en nuestros puestos pasara lo que pasara. A las nueve de la noche y en presencia de estos dirigentes de mi Partido marché al Cuartel General donde Casado estaba en comunicación con todos los frentes. El Coronel Prada me dió cuenta de la situación de nuestras fuerzas. La radio anunció que representantes políticos y el Consejo hablarían al pueblo a las diez de la noche.

Por el Consejo hablamos el consejero de Hacienda, Casado y yo; quiero reproducir las palabras que pronuncié en aquel momento, el último que yo me dirigía desde Madrid al pueblo.

“ESPAÑOLES DE LA ZONA REPUBLICANA:

LAS HORAS POR LAS QUE ATRAVESAMOS ACONSEJAN SERENIDAD A TODOS EN CADA UNO DE SUS PUESTOS: PUESTOS DE LUCHA O PUESTOS DE RESPONSABILIDAD. EN TODOS ELLOS SE REQUIERE ABSOLUTA Y LEAL CONFIANZA A LAS ÓRDENES QUE EMANEN DEL C. N. DE D. DE ÉL DEPENDE, CON LA COLABORACION DE SOLDADOS Y ELEMENTO CIVIL EL EXITO DE NUESTRA EMPRESA. EL C. N. DE D. CUENTA Y SEGUIRÁ CONTANDO CON LA CONFIANZA Y EL APOYO DE TODOS LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES QUE HAN VISTO LOGRADO EL COMUN DESEO DE PAZ AL TRAVÉS DE SU EJECUTORIA NOBLE Y PATRIÓTICA. QUE NADIE VACILE EN EL CUMPLIMIENTO DE SU

DEBER, QUE NADIE EJERZA ATRIBUCIONES QUE NO LE SON PROPIAS Y QUE TODOS SE AVENGAN A CUMPLIR DISCIPLINADAMENTE CUANTAS ÓRDENES DICTE EL C. N. DE D.

LAS HORAS PRESENTES EXIJEN SERENIDAD Y CONFIANZA: SERENIDAD PARA QUE DESDE TODOS LOS PUESTOS SE CUMPLA CON EL DEBER QUE NOS CORRESPONDA Y CONFIANZA EN EL CONSEJO PARA QUE EN TODO MOMENTO PUEDA APRECIAR LAS MEDIDAS QUE HAN DE LLEVARNOS AL LOGRO DE NUESTRAS ASPIRACIONES EN BIEN DEL PROPÓSITO QUE NOS ES COMÚN.

LA EVACUACIÓN SERÁ ORDENADA Y CON MÉTODO, BASADA SIEMPRE EN LA OBEDIENCIA ABSOLUTA A LAS ÓRDENES QUE EMANEN DEL C. N. DE D. ÉL HA SABIDO INTERPRETAR EL SENTIMIENTO DE PAZ DEL PUEBLO ESPAÑOL Y SABRÁ LLEVARNOS SIEMPRE Y EN TODO MOMENTO A LA CONSECUCIÓN PATRIÓTICA DE NUESTROS ANHELOS. QUIEN TERGIVERSE CON MALA FE SU MANDATO SERÁ UN TRAIADOR A LA PATRIA. QUIEN CON ÉL COOPERE Y COLABORE SERÁ DIGNO DEL RECONOCIMIENTO DE ESPAÑA. OBEDIENCIA AL C. N. DE D. ¡VIVA LA REPÚBLICA! ¡VIVA ESPAÑA!”

Después de hablar por la radio se reunió el Consejo a las once de aquella misma noche.

Desde Albacete, estando reunido el Consejo, llamó al teléfono a Casado el diputado francés Forcinal, miembro integrante de la Comisión Internacional de Ayuda a España, para decirle que ayudarían al Consejo a hacer la evacuación. Varios miembros de ella estaban actuando en Alicante y Valencia.

Hizo después Casado una amplia exposición de la situación de nuestros frentes; el enemigo, en una sola jornada y

sin encontrar resistencia, avanzó cuarenta kilómetros. El frente de Ocaña estaba desguarnecido. Desde Toledo a las últimas trincheras del Pardo estaba abierto al enemigo. Oficiales y soldados de ambas partes, a los gritos de: Paz, y: la Guerra ha terminado, fraternizaban. En resumen que el Consejo debía con toda celeridad adoptar una medida.

Y el Consejo deliberó ampliamente, acordándose, por unanimidad, lo siguiente:

Que todos los Consejeros salieran, terminada la reunión, para Valencia, quedándose en Madrid los Consejeros de DEFENSA, COMUNICACIONES y los señores Besteiro y Ariño por que éstos últimos dos señores no tenían el propósito de salir de Madrid. (Debo decir que precisamente en aquella última sesión celebrada en Madrid por el Consejo tomó posesión el señor Ariño de la cartera de Justicia, en sustitución del señor San Andrés y que interinamente había yo desempeñado).

En Valencia nos habríamos de dedicar TODOS los Consejeros a trabajar en las tareas de la evacuación.

Yo salí de Madrid a las cinco de la mañana, del Ministerio de Instrucción Pública. Muchos soldados, fusil al hombro, cruzaban las calles y a nuestro paso levantaban los puños y gritaban SALUD. Momentos de emoción inolvidables. En las carreteras más soldados en grupos, solos... pero tristes, callados, y sufridos. ¡Pobres soldados de España!

Llegué a Valencia a las doce y media. Me dieron la noticia de la caída de Madrid en el Ministerio de Valencia. Marché a la Presidencia y allí encontré al General Matallana, que había quedado en Madrid cuando yo salí y que me confirmó la noticia. Habían llegado en avión el Consejero de Defensa, el de Comunicaciones y algunos Jefes militares. A las siete de aquel día, dos horas después de mi salida, Casado dió orden al Coronel Prada de rendir la plaza.

Los trabajos de evacuación se intensificaban. Radios, telegramas, órdenes. Todo el mundo en actividad. De Madrid llegaban autos, camiones y trenes especiales transportando gente. Unos se dirigían a Valencia y otros a Alicante.

EL CONSEJO PERMANECIA REUNIDO.

El Mayor de milicias Martín Barrios salía en avión a Marsella para hacer acudir barcos a nuestros puertos.

El que fué Gobernador civil de Castellón (destituído por nosotros por su filiación comunista) dijo al Consejero de Gobernación que a Alicante llegaría aquella noche un barco, capaz de transportar 10.000 personas, que mandaban los rusos; que solamente saldrían en él MIL comunistas, pudiendo hacer uso del resto del pasaje el Consejo.

Aquel barco no llegó a Alicante.

Infinidad de amigos y correligionarios nos cercaban con sus inquietudes, que, aunque justificadas, eran peligrosas en aquellos momentos.

Se nos comunicaba también que otro barco inglés, capaz para 5.000 personas, iba camino de Alicante.

Pero este barco tampoco llegó.

Los representantes diplomáticos y consulares, estaban reunidos a fin de ayudar al Consejo; unos visaban pasaportes; otros habilitaban locales para refugiar en ellos a cuantos antifascistas lo precisaran si los barcos no llegaban oportunamente; en el domicilio de la Patronal de Valencia y por acuerdo del Cuerpo diplomático, se estableció el Decanato del mismo, bajo cuya bandera se ampararía a cuantos lo pudieran precisar. La Legación de Panamá comenzaba a recibir refugiados.

La noche avanzaba y los Consejeros íbamos atendiendo a cuantas cosas iban surgiendo. Carrillo y Casado, continuamente al teléfono con los Gobernadores civiles y militares de las provincias, seguían la marcha de los acontecimientos; TODOS

LOS GOBERNADORES SEGUIAN FIELES EN SUS PUESTOS.

A las nueve de la noche pasaron a nuestro despacho el Subsecretario de la Presidencia, Sr. Sánchez Requena, líder del Partido Sindicalista, y el Subsecretario de Justicia, señor Alonso, destacado dirigente de I. R., que me dijeron que una Comisión de Magistrados y el Fiscal de la Audiencia le seaban que les recibiera; con ellos estaba el Director General de Prisiones.

Estos señores, en el antedespacho (que estaba repleto de Jefes militares y civiles, dirigentes políticos y miembros de la Comisión de Ayuda a España acompañados de algún Cónsul) vinieron a decirme esto: "QUE LA SITUACIÓN ERA MUY GRAVE: QUE PODRIAN OCURRIR SUCEOS EN LOS QUE LA SANGRE CORRIERA, Y QUE ME SUGERIAN LA NECESIDAD DE PONER EN LIBERTAD A TODOS LOS PRESOS FASCISTAS QUE HABIA EN LAS CÁRCELES."

Me negué a dar tal ORDEN alegando que nadie mejor que nosotros sabía cual era la situación; pero que nosotros estábamos tranquilos y sin NERVIOS; que nosotros teníamos la responsabilidad de cuanto sucediera y que por el bien general ya haríamos cuanto en nosotros estuviera para que nada catastrófico ocurriera; y me dolí de que no hubieran acudido a la llamada que días antes les hice por telégrafo para que me catastrófico ocurriera; y me dolí de que no hubieran acudido cuando los sucesos comunistas de Madrid, en que aprovechando aquellos se pusieron en libertad a muchos fascistas sin orden de Nadie o al menos de Nadie que aun hubiera averiguado el Consejo.

Y lo que en verdad había no era PELIGRO PARA LA VIDA de los fascistas, sino deseos de prestar algún servicio al vencedor y pasar la correspondiente factura de última hora.

¿PERO SABIAN AQUELLOS SEÑORES EL PELIGRO QUE SE CORRIA PONIENDO EN LIBERTAD A LOS DIRIGENTES FASCISTAS?

Aparentaban desconocerlo o conociéndole pretendían precipitar las cosas. El hecho doloroso fué que AQUELLA MISMA NOCHE SE PUSO EN LIBERTAD A LOS FASCISTAS. DE LO QUE NOS ENTERAMOS CUANDO AL DIA SIGUIENTE HUBIMOS DE CELEBRAR UNA REUNIÓN CON ELLOS MISMOS EN LA PRESIDENCIA...

Y aquella noche desde el despacho de Instrucción Pública di orden al Director General de Prisiones PARA QUE INMEDIATAMENTE PUSIERA EN LIBERTAD A CUANTOS PRESOS ANTIFASCISTAS PUDIERAN QUEDAR EN CUALQUIERA DE LAS CÁRCELES QUE ESTABAN BAJO NUESTRA AUTORIDAD. Y lo que puedo decir es que se CUMPLIÓ FIELMENTE ESTA ORDEN, no quedando en la madrugada del DIA 29 NINGÚN preso antifascista en ninguna cárcel de la República.

Aquella noche afirmaba el General Menéndez que en el Ejército de Levante no se operaría el mismo fenómeno que en el Ejército del Centro.

LOS FRENTE DE LEVANTE IMITAN A LOS DEL CENTRO.

Desde las primeras horas de la noche del 28 íbamos teniendo, a pesar del optimismo del General Menéndez, conocimiento de que en los frentes más próximos a Valencia hacían los soldados lo mismo que en Madrid. Unos abandonaban sus fusiles y otros sin abandonarlos, iban en busca de la ciudad o de sus pueblos. Durante toda la noche fuimos conociendo con toda clase de detalles cuanto iba ocurriendo.

A Alicante y Valencia seguían llegando gentes de todas las provincias de España.

A pesar de ello las gentes de la ciudad estaban al parecer tranquilas y las calles animadas.

Tan solo los miembros del Consejo, altos Jefes y Dirigentes conocían como se iban desarrollando los hechos.

EL ULTIMO DIA DE ACTUACION DEL CONSEJO.

Muy de mañana recibí en el Ministerio a los dirigentes del Partido. La prensa, a grandes titulares, que la censura hubo de tachar, daba la noticia de que a las tres de la tarde del día anterior habían entrado las tropas en Madrid.

El Subsecretario de Instrucción Don Vicente Sanz, Presidente del Comité Provincial de U. R. de Valencia, me informaba de cuantos correligionarios habían salido para Alicante y otros en las noches anteriores para Orán. Me aconsejaba que de no haber seguridad para que marcháramos los miembros del Consejo y personas a él unidas y con él responsabilizadas, me refugiara en una Embajada. Yo abrigaba el temor de que si no llegaban los barcos a Valencia o a Alicante fatalmente, el Consejo íntegro caía en manos de los fascistas. Así se lo comuniqué y con ese convencimiento marché a la Presidencia.

El Consejero de Hacienda urgentemente requería las embarcaciones que tuviera el arma de Carabineros.

Los Cónsules de Francia e Inglaterra llamaban incesantemente al Coronel Casado por teléfono. Se nos decía que habían salido barcos de Orán y de Mareslla.

Pero los barcos no llegaban.

En Alicante había ya más de 10.000 personas.

Entonces nos enteramos de UNA HAZAÑA CRIMINAL DE UN BARCO QUE SALIÓ EN LA PASADA NOCHE SOLAMENTE LLEVANDO A BORDO CUARENTA PERSONAS... Y era un barco al servicio de la República.

Por las calles se observaba extraordinaria agitación.

El Subsecretario de Sanidad Sr. Trigo se me presentó. Llegaba de Madrid en aquel instante y había salido en una ambulancia. Le acompañé a la Comandancia militar, donde nos proveyeron de autorizaciones para entrar en el puerto de Alicante. Él marchó camino de aquel puerto. Yo quedaba unido a la suerte de los hechos que se precipitaban y a la de mis compañeros de Consejo.

El Consejero Sr. Pérez marchó a unirse con sus familiares a Alicante. (Desde entonces nada hemos vuelto a saber de él.)

Gran número de camiones repletos de soldados cruzaban la ciudad.

Un avión Nacionalista, a las doce, pasó sobre Valencia.

Las gentes en las calles ya comenzaron a circular en grandes grupos.

De la Comandancia militar, situada frente a la Presidencia, sacaron una bandera monárquica y dieron vivas a Franco. Las gentes se desbordaron.

Los guardias presentaban armas al son del himno monárquico.

Los elementos fascistas comenzaron a robar incluso los coches de los miembros del Consejo. El coche de policía de mi escolta había desaparecido. Hubo necesidad de defender algunos pistola en mano. La Plaza de Castelar estaba llena de gente dando vivas a Franco.

¿DEBIÓ EL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA CORTAR DICHOS ACTOS?

En primer término, yo creo que le hubiera sido difícil, por que desconocíamos las fuerzas que nos pudieran obedecer.

En segundo lugar, las víctimas que habríamos de ocasionar nadie podría calcular a qué extremo llegarían.

Por otra parte, había que tener presente que los frentes estaban a 40 kilómetros y totalmente desguarnecidos, lo que posibilitaba al enemigo entrar en la ciudad a sangre y fuego CUYA DETERMINACIÓN PESARIA EN LAS REPRESALIAS QUE CONTRA NUESTROS ELEMENTOS ANTIFASCISTAS PUDIERA TOMAR EL ADVERSARIO. Y el Consejo se inclinó por no intentar siquiera el acto de fuerza contra toda la población, echada ya a la calle.

LOS MIEMBROS DEL CONSEJO ACUDEN A LA RADIO. SE HABLA AL PUEBLO.

En tal situación y estando celebrando una conferencia con los elementos dirigentes de los fascistas en el despacho de la Presidencia, se convino que era conveniente dirigir una alocución al pueblo por ambas partes para evitar así, o al menos intentarlo, que pudiera correr sangre.

El Coronel Casado y los Consejeros Val, Carrillo y yo en nuestros coches llegamos al local de la radio, acompañado de varios falangistas; cruzamos la ciudad, pues la radio estaba en la Plaza de Castelar. Las gentes en enorme cantidad, alzaban el brazo en forma provocativa mientras daban vivas a Franco. Casado pronunció ante el micrófono breves palabras. Las precisas para aconsejar calma y serenidad. El Jefe de la Falange de Cataluña (que había sido puesto en libertad la noche anterior) pronunció otras en idéntico sentido. Salimos de aquel local cuya atmósfera se nos hacía irrespirable y peligrosísima. Retornamos a la Presidencia. Allí estaba el Consejero Marín, que había evitado que los falangistas penetraran dentro del edificio.

En la Presidencia, un breve cambio de impresiones. Se llenó de falangistas y partimos en dirección a Gandia.

Yo hube de entretenerme en recoger a amigos y correligionarios que me esperaban con la natural ansiedad en el Ministerio de Instrucción. Unos se refugiaron por mi consejo

en La Patronal, pues no teníamos coches, y cuantos cupieron en el mío salimos velozmente para Gandia, a donde llegué el último, después de haber tenido que cruzar los pueblos del trayecto ya en poder de los fascistas. Antes de salir, el Subsecretario de Instrucción, por última vez, me dijo: **VENTE EN SEGUIDA Y NO INTENTES SALIR DE VALENCIA POR QUE TODO ESTÁ PERDIDO.**

A Gandia llegamos el Director General de Bellas Artes y su señora, el Director de Agricultura, dos correligionarios, un policía de mi escolta y el chofer.

LA REUNION CON LOS JEFES FASCISTAS.

Cuando a primeras horas del día 29 se iba observando la agitación en las calles y la llegada de los soldados de los frentes, el Subsecretario de Justicia llegó a nosotros acompañado de un tal Sr. Font-de Mora, quien nos fué por él presentado a título de imparcial y a proponernos que, para evitar derramamientos estériles de sangre, él haría concurrir ante nosotros una representación de los elementos fascistas.

Nos quedamos solos los miembros del Consejo y estimamos que no debíamos desaprovechar esfuerzo alguno para intentar solución a los problemas.

Dada nuestra conformidad, el Sr. Font-de Mora salió en busca de dicha representación.

Los Nacionalistas formularon las siguientes condiciones:

Que el Consejo habría de nombrar un Gobernador Civil y Militar de Valencia que resultara persona grata a los Nacionalistas. Estos nombrarían los Secretarios particulares. Y ambos de común acuerdo actuarían.

El Consejo reclamó por su parte que habrían ellos de conseguir del Mando Nacionalista la promesa de que sus soldados no avanzarían en ninguno de los frentes, para dar tiempo así a realizar la evacuación.

Como alegaran que carecían de medios de transporte para ir a las líneas enemigas a ponerse en relación con el General Franco, se les proporcionó coche y autorización para cruzar nuestras líneas. En aquel instante salieron dos de los presentes para hacer esta gestión.

El nombramiento de Gobernador Civil recayó en la persona del Sr. Sánchez Requena, Subsecretario de la Presidencia, cuyo nombramiento no fué recusado por los fascistas. El de Gobernador Militar en el Mayor de Asalto Sr. Carretero.

Y en estas conversaciones surgieron los incidentes que dejo dichos y que motivaron tener que ir a la radio en la forma reseñada.

EL CONSEJO EN GANDIA. IMPOSIBILIDAD DE ACTUAR.

Cuando llegué a Gandia ya estaban los demás Consejeros en relación con el Cónsul inglés.

(He omitido que el General Miaja salió en aquella madrugada en avión para Orán, por cuyo motivo, es claro, no estaba en Gandia ni estuvo en Valencia en los últimos instantes...)

Varios grupos de dirigentes de todos los matices antifascistas estaban también en el puerto.

En el local de la policía del puerto nos reunimos los Consejeros y reanudamos la comunicación con Murcia, Alicante y Cartagena. En Alicante, a las seis de la tarde, según dijo por teléfono Pascual Tomás, había unas 30.000 personas esperando barcos.

Cambiamos impresiones sobre la necesidad de marchar a Alicante. Pero los pueblos iban cayendo uno a otro y esto hacía imposible nuestra traslado.

Consultamos nuevamente a Alicante y nos dijeron que unos miembros del Comité de Coordinación y ayuda de los refugiados españoles iban camino de Gandia en una ambulancia inglesa a ponerse de acuerdo con el Consejo sobre la evacuación de Alicante.

Llegaron los miembros de esta Comisión y el Cónsul de Cuba Sr. Menacho, amigo mío de Madrid, con quien había convenido en su día que bajo la bandera de Cuba se podrían refugiar hasta cien correligionarios de U. R. en caso de precisión.

Estaba anclado el buque de guerra "Galatea", bastante retirado del puerto.

El Cónsul inglés había invitado al Coronel Casado y a su Estado Mayor a pasar al barco.

Casado respondió que no podía pasar al barco si con él no embarcaban sus compañeros de Consejo y cuantas personas allí había.

La Comisión consulta con el Cónsul inglés. El diputado Sr. Forcinal sube a bordo.

La Comisión consigue del Comandante del buque "Galatea" autorización para que el Consejo embarque. Pero el Consejo se niega a subir si no embarcan todos los presentes.

Nuevas conversaciones. Acceden a condición de que SI FRANCO RECLAMARA A ALGUNO TENDRIAN QUE ENTREGARLE.

El General Menéndez, el Coronel de aviación Camacho, el Capitán de aviación Silverio y otros aceptan la condicionalidad, pero al ir a embarcar algunos pistola en mano lo impiden.

La Comisión, en relación con nosotros, pide urgentemente a Inglaterra y Francia barcos.

En aquel momento nos llamó Tomás Pascual y el Coronel Burillo para decirnos que cuarenta y cinco mil personas había entre el muelle y la ciudad.

El Cónsul inglés, a las nueve de la noche, nos comunicó que había desaparecido la condicionalidad, por lo que podía embarcar el Consejo.

La policía fascista rodea el puerto.

El Consejo acuerda embarcar si embarcan todos los que en el puerto había, ya en mayor número, por que iba llegando más gente.

El Cónsul promete (por ser de noche no se puede proceder al embarque de todo el mundo) que por la mañana a las ocho todos estarán sobre cubierta. En estas condiciones embarca el Consejo; cuando nosotros llegamos había gran número de Jefes y Oficiales sobre cubierta. Por la noche sigue llegando más gente al puerto. A las ocho de la mañana embarcan cuantos había, teniendo que hacerlo precipitadamente por que la policía quiere asaltar el puerto. Sobre cubierta del "Galatea" vamos en total 190 personas.

Dos miembros de la Comisión, bajo bandera inglesa y en una ambulancia, marchan a Alicante.

Nosotros pedimos a la Comisión que hicieran gestiones para que el "Galatea" fuera a Alicante.

Testigos presenciales fuimos de los esfuerzos que la Comisión hacía, pero sin resultado alguno.

Sobre cubierta permanecimos fuera del puerto dos días y tres noches.

Varios miembros de la Comisión nos iban dando noticias de cuanto ocurría en Alicante.

Se nos dijo que habían embarcado ya 13.000 personas. Pero no estaba confirmado.

TRANSBORDO AL "MAINE".

El día primero de Abril se nos transbordó del "Galatea" al buque hospital "Maine", con capacidad para 3.000 personas, de modo que podrían recogerse más marchando a Alicante, de donde venía sin haber entrado en puerto, por que había disturbios en el mismo. La Comisión hizo cuanto pudo por complacernos. Tampoco consiguió nada. Y a las tres de la tarde partió el "Maine" para Marsella.

Gestionamos del Sr. Forcinal que nos permitiera el Gobierno francés quedar en Francia a los Sres. Carrillo, Val y a mí para gestionar barcos para la evacuación de Alicante, pues aun era tiempo. Quedó en darnos la respuesta cuando

cruzáramos París, pues se nos conducía a Londres sin que se nos hubiera preguntado nada y pudiéramos indicar nuestro deseo. La respuesta no nos llegó, sin duda por que el Sr. Forcinal no la consiguiera. Desde el "Maine" varios fueron los radios que pusimos. Nada. Todo inútil.

Y así, desde Gandia a Marsella y desde aquí a Dieppe, para llegar a Londres, donde nos recibió el Comité de refugiados distribuyéndonos por casas de antifacistas de cuya solidaridad hemos podido vivir.

(Concluirá.)

El Pueblo

Y LOS POETAS

por ALEJANDRO CASONA

En toda revolución, junto a la anécdota violenta que constituye su tronco visible, y junto a los problemas político-sociales que forman sus raíces, existen los problemas artísticos y culturales, que forman su ramaje y su flora.

En España, desde muy antiguo, cabe señalar —y no soy el primero en hacerlo— un fuerte antagonismo que viene a partir en dos corrientes el cauce social de nuestra literatura. En efecto, abarcándola en un rápido panorama, fácilmente se distinguen en ella dos poderosas ramas de signos diametralmente opuestos: una rama de fronda exótica, intelectualista, fría-mente racional y de fruto minoritario; y otra entrañablemente autóctona, apasionada, de grandes emociones colectivas y de fruto multitudinario.

La rama primera, aristocrática y cultista, arrancaría de Gonzalo de Berceo y el Mester de Clerecía, señalando sus nudos cardinales en Boscán y Garcilaso, en Gracián y Calderón, en la poesía Mística y en Quevedo; y sus retallos últimos en la retórica iconoclasta de la postguerra y en las versiones artísticas del psicoanálisis. La rama segunda, la emocionada y popular, arrancaría paralelamente del Mester de Juglaría y el Arcipreste de Hita, anudándose de savias heroicas en el

viejo Romancero anónimo, templando la vihuela españolisima de Baltasar del Alcázar y de Espinel, creandó la Novela Picaresca, estallando de pronto en los dos frutos gigantes de Lope de Vega y de Cervantes; y dando sus flores nuevas entre las manos de Valle Inclán y Juan Ramón Jiménez, de Antonio Machado y García Lorca. De este modo la enemistad irreconciliable del Góngora de las "Soledades" y el Lope de "Peribáñez", rebasaría el área de un duelo personal para adquirir contornos de símbolo.

La guerra civil ha venido a recrudecer el viejo dilema, no planteándolo ya en la intimidad de las aulas retóricas, sino a la intemperie, bajo las balas y los olivos, frente al panorama frenético de los pueblos en éxodo de metralla, ante las madres de brazos crispados en maldición y los niños de entrañas al aire. Esta vez ya no era sólo un problema de técnica; era un problema de conducta. No era solamente un problema de arte; era un programa de vida. Había que estar al lado del pueblo, o de espaldas a él.

Anotemos en justicia que, en esa hora suprema, ningún auténtico poeta español, que estuviera en libertad de elegir, equivocó su camino. Todos corrieron a alinear su canto en las filas populares.

Pero, al decir "no era solamente un problema de arte", dicho está implícitamente que el problema de arte existía también. Y es este precisamente el que quiero destacar aquí. Porque no basta que el poeta esté ideológicamente al lado de una causa —en cuanto ciudadano—; ha de estarlo además artísticamente —en cuanto poeta. En una palabra: para cantar al lado de un pueblo hay que cantar en el idioma entrañable de ese pueblo, con la sencillez de su palabra viva, con la directa naturalidad de su metáfora, con el buen sabor agraz de sus ritmos eternos y perdurables. Había que elegir entre la rama barroca y gongorina de tradición aristocrática, o la rama lopesca y romancera de tradición popular. Y la elección

no fué dudosa. Todos los jóvenes poetas arrinconaron de golpe sus rencillas escolásticas, sus credos de cenáculo, sus secretos de taller, sus claves herméticas y sus redomas de exóticos precipitados, para enrolarse gallardamente en la milicia estética que el signo social de la guerra exigía. Poesía popular. O si se quiere, poesía natural: brusca, directa y desnuda.

He ahí cumplida la vieja consigna de Romain Rolland: "hay que democratizar la belleza". He ahí recuperada la más gloriosa de las métricas hispánicas tradicionales, el Romance-ro que aró en limpios surcos de ocho sílabas todas las parcelas del alma española, y que no es otra cosa en el fondo que un diario de guerra de ocho siglos escrito por un pueblo. He ahí, en fin, "la llamada de la tierra"; el regreso de una poesía pródiga y turista a su solar castellano, a su emoción de riendas viriles, a su sabiduría de apotegma. A la fuente de eterna juventud de donde manan, como un agua lenta y dolorida, los tuétanos del romance.

Los grandes maestros ya habían iniciado ese camino del retorno. Los jóvenes aprendices lo siguieron, con una clara visión de responsabilidad, al sonar en el Guadarrama los primeros disparos. Entre la pléyade de los recién llegados, señalemos la doble adquisición para las letras y para el pueblo de España de dos valores desconocidos hasta entonces: Miguel Hernández y Serrano Plaja.

No propugno con esto una poesía facilista y elemental, chata de ambiciones, rebañiega de acento y halagadora culpable del "vulgo municipal". Sino al contrario: esa difícil frugalidad castellana de la forma, y una entrañable humanidad de contenido, postulados necesarios de toda poesía socialmente útil.

Juan Ramón y Antonio Machado, grandes señores de la nueva poesía española, acendrarón el señorío de su alma excepcional y de su alto pensamiento en esa disciplina de las formas escuetas y la palabra popular: el cantar, la seguidilla,

la asonancia. Y siendo nuestros poetas máximos, los dos fueron entendidos por los campesinos y por los niños. Lo que constituye su mejor gloria.

Y discípulo travieso de esa escuela fué García Lorca, el benjamín de la herencia de oro andaluza, segado en flor con la garganta llena de sangre y de pájaros. Federico, con Juan Ramón, con Machado, era la buena tradición poética de España. El crimen de Granada cobra por eso mismo un doloroso perfil histórico: porque es la más dramática acusación contra aquellos que, en nombre de un falso tradicionalismo, asesinaron a una auténtica tradición.

Como dije al principio, no hay revolución verdadera donde no se enlacen a los problemas político-sociales los problemas del arte y la cultura. La vuelta al romance y la palabra popular es el fenómeno artístico más importante de la guerra española.

Saulo, desazonado y ciego por un golpe de relámpagos, encontró el camino redentor de Damasco. Nuestra poesía, confusa y deshumanizada, ha vuelto a encontrar en el dolor, bajo el relámpago de los incendios y el tableteo de las ametralladoras, el camino de su salvación eterna. El camino del pueblo.

Buenos Aires, diciembre de 1939.

He tratado de fijar aquí la exactitud de la poesía española frente a la guerra civil. En el número próximo veremos la respuesta emocional que esa guerra ha suscitado, a través del mar, en los poetas de América.

Reforma material y espiritual *de la capital de España*

por ROBERTO CASTROVIDO

Ha hablado el casi Führer, el semi Duce de reformar material y espiritualmente a la villa de Madrid. Respecto de lo material ha repetido una porción de muy dichas vulgaridades, sin tocar lo que, por las destrucciones ocasionadas por la guerra, se podría modificar ahora, dando alguna novedad al plan reformador. Las bombas disparadas por los blancos han arrasado al paseo de Rosales, la calle de Ferraz, la de Blasco Ibáñez (ahora otra vez de la Princesa) desde la plaza de la Moncloa a la plazoleta en cuyo centro se alzaba la estatua de Argüelles y todas las vías transversales desde Rosales a Princesa: Buen suceso, Benito Gutiérrez, Urquijo, Altamirano, Romero Robledo. ¿Qué se va a hacer al reconstruir lo derruido? La destrucción casi total de la Cárcel llamada Modelo y apodada *el abanico* hace indispensable una urbanización de la plaza de la Moncloa, que se calla también, así como las que originan y hacen indispensable el bombardeo del cuartel de la Montaña, de la Ciudad Universitaria, del teatro de la Opera. Guarda silencio el caudillo. No, no habrá en la prensa española quien se atreva a interrogar si se va a prolongar el paseo de Rosales por los terrenos que ocupaba el cuartel de la Montaña, si se desiste de hacer en la Moncloa una ciudad universitaria o se va a remediar el horror causado por los obuses extranjeros y por los malos españoles ene-

migos de cuanto huele a enseñanza, a libros, a cultura y por último, si derruido el teatro Real o de la Opera se va a realizar el proyecto del rey José I de unir la plaza de Oriente a la Puerta de Alcalá por medio de un boulevard.

Mucho más sencillo es responder a esta pregunta: ¿se va a ensanchar la callejuela de la San Sebastián aprovechando el hundimiento del templo por los católicos franquistas, que no por los rojos?

El emperador *in partibus* habla con más desparpajo de la reforma espiritual que de la material. Se propone hacer de Madrid un pueblo serio, respetuoso con las jerarquías y muy religioso. Quiere matar la luz de la alegría madrileña, que es tanto como quitar el sol a Madrid. Incurre en la vulgaridad de llamar a la población matritense “la ciudad alegre y confiada”, frase que ha convertido en tópico, lugar común y ripio la estulticia humana, de la cual son prototipo los franquistas.

Madrid ha sido capaz de luchar contra los mamelucos de Napoleón, contra reyes y ministros en la época constitucional y contra alemanes, italianos, portugueses, cabileños y obispos y militares en la penúltima guerra y revolución de España, precisamente por ser alegre y por confiar en sí misma, en su derecho, en su amor a la democracia, a la justicia y a la independencia, peculiaridades del alegre y confiado pueblo madrileño.

Los países, las villas, las ciudades, las naciones confiadas en Dios, en la tabla de los derechos del hombre, en la soberanía popular, en los ideales del proletariado, en lo que sea, son los que triunfan. ¡Ay! de los pueblos tristes y desconfiados. Ellos serán vencidos.

Pues a esto quiere reducir a Madrid su usurpador actual: le quita el pan espiritual y le tasa el pan del cuerpo. Censura para el teatro y para la prensa. Escrutinios y quema de libros. Clausura del Ateneo que abrieron el rey Alfonso XII y el liberal-conservador Cánovas del Castillo. A la calle de Torrijos se le ha cambiado de nombre. ¡Mucho es que no se le ha dado el

del verdugo de Málaga!, el de Gonzalo Moreno, aquel “felón” engañador de Torrijos y de los cincuenta compañeros a quienes asesinó. ¿Se atreverá el general Franco a destruir la lápida recordatoria de que el liberal Torrijos nació en una casa de la casa de la calle de Preciados? No nos maravillaría tamaña avilantez en quien ha prohibido todas las obras de Galdós y consentido el derribo de la estatua que Victorio Macho erigió al patriarca Don Benito en el Retiro. Parece que es cierto este monstruoso agravio a Madrid, para el cual era Don Benito Pérez Galdós lo que para Cataluña otro hijo de Canarias: el poeta autor de “Tierra Baja”, Don Angel Guimerá.

Madrid tiene algunos defectos. ¿Qué pueblo es perfecto? Tiene el hijo de la ignorancia basado en no haber visto más río que el Manzanares, en no haber viajado, en fin, y podido comparar capitales con capitales. Si los madrileños hubiesen viajado tanto cuanto sus antepasados Lope de Vega, Quevedo y Moratín no repetirán más lo “de Madrid al cielo y un *abujerito* para verlo”, expresión de amor a la patria y de ignorancia supina. Ese dicho recuerda demasiado la majadería del mediocre cronista que dijo en tiempo de los Austrias: “solo Madrid es corte”.

Y Madrid era entonces muy poca cosa, muy sucio y muy feo y es hoy, aunque muy mejorado, sumamente pequeño. ¡Pobre Retiro! cuán chico se queda comparado con el Bosque de Bolonia parisiense y con el mexicano Chapultepec.

Compensa a Madrid de su pequeñez su alegría, su gracia, la sencillez, mal disimulada con arrogancias verbales, de sus hijos; su generosidad hidalga, su don acogedor, su simpatía, su ingenio, su entusiasmo por toda causa noble, su amor a la libertad, su odio a los tiranos.

Otros defectos tenía Madrid, hijos también de la ignorancia: despreciaba a los paletos y uno de los pueblos más señalados por la estúpida chacota era el de Trijueque y era también Guadalajara. De Trijueque se suponía a todos los *paletos* que por San

Isidro visitaban Madrid, y para ponderar el ruralismo de una persona decían los chulos: “ese ha venido en el corto de Guadalajara”. Estos defectos han pasado, gracias a las gloriosas victorias de Trijueque y de Guadalajara, como ciudad y como provincia, contra los italianos de Mussolini (no hay que confundirlos con los de Garibaldi).

Y esta gloriosa victoria de Madrid y las provincias limítrofes fué debida a que la capital es alegre y confiada y contagia su alegría y comunica su confianza a los lugares contiguos.

¿Y se quiere cambiar la gracia madrileña con la máscara triste, amarillenta, “entre lentejas y arenques” de las devotas?

Lo que dirán las madrileñas seguramente: “ese tío nos quiere cambiar hasta el modo de andar”. Como si las estuviera oyendo...

Crónica de la Argentina

por V.

Los españoles radicados en la Argentina, según los datos oficiales, suman algo más de un millón. Igualan aproximadamente a la cifra de italianos, pero su influencia es mucho más considerable. El español y el argentino se identifican con rapidez y de ahí que todas las cuestiones españolas tengan en la Argentina una repercusión superior a las de cualquier otro país. Entre los residentes españoles, la gran mayoría es de origen gallego; siguen en importancia numérica los asturianos; no tantos, pero también numerosos, son los vascos.

Los acontecimientos de la vida española tienen un eco muy fuerte en la Argentina. Quien escribe estas líneas estaba en Buenos-Aires el 14 de abril de 1931. Un diario mantuvo ininterrumpida comunicación telefónica con Madrid y lo que iba transmitiendo el corresponsal se oía en todas las calles de la ciudad por medio de altavoces. Desde nuestra oficina, merced a uno de esos altoparlantes que resonaba en el patio de la casa, escuchábamos los ruidos que recogía el teléfono en la esquina de Alcalá y Puerta del Sol, y oíamos los timbrazos de los tranvías madrileños mezclados a las palabras del corresponsal, que iban dando cuenta de lo que sucedía en la capital española. Alborotado y con las ropas en desorden entró en nuestro despacho un amigo argentino, hijo de italianos, que acababa de golpearse en la Avenida de Mayo con un español monárquico, porque éste protestaba contra la República.

El alzamiento del 18 de Julio produjo una emoción vivísima en la Argentina. A poco se organizó el movimiento de ayuda a la República española. Si apartamos a los que allí, como en todas partes, trataron de aprovechar, con indecorosos propósitos de lucro, esa emoción del pueblo, podremos señalar dos corrientes en el movimiento: la nutrida principalmente por españoles y encauzada dentro de sus entidades, que se oponían ayudar a España con total apartamiento de las cuestiones políticas argentinas, y la que agrupó principalmente a elementos políticos del país que utilizaban la lucha de España para su acción partidaria en la vida pública nacional. Se produjeron muchos rozamientos entre estas dos corrientes, por la obstinación de la segunda en absorber a la primera, al amparo de su mayor libertad de movimientos —por tratarse de nativos— y de la mayor preparación política de sus dirigentes.

La ayuda más eficaz y menos divulgada fué la de las organizaciones españolas, pues la otra empleó principalmente sus recursos en la propaganda dentro de la Argentina. Al frente de la primera figuró —y figura— el Centro Republicano Español de Buenos-Aires, que creó en todo el país, con el nombre de “Amigos de la República Española”, filiales encargadas de recaudar fondos para efectuar remesas a la patria. Excede de tres millones de pesos argentinos la cantidad enviada. En el curso del año 39 la ayuda del Centro Republicano, que ahora se llama “Fraternidad Española”, a causa de un decreto del gobierno argentino sobre las actividades políticas de las entidades extranjeras, ha podido proporcionar directamente a los refugiados en Francia más de ocho millones de francos.

Los españoles están agrupados en todo el territorio argentino por medio de las tituladas Sociedades Españolas de Socorros Mutuos, que realizan funciones de asistencia médica y social cerca de sus asociados. En cada localidad, los dirigentes de estas entidades eran los españoles de mayor significación, casi siempre los de más holgada posición económica. Entre

ellos abundaron los elementos anti-republicanos. Pero como el sentir de la masa fué resueltamente leal, se produjo una lucha que ha ido desplazando a los elementos reaccionarios. Hoy la mayoría de esas sociedades —pasan de trescientas— está dirigida por republicanos. Muchas de ellas han decidido no enarbolar más bandera que la argentina; otras han adoptado como enseña la bandera de la Raza, que se creó en Montevideo. Solo dos sociedades de socorros mutuos de importancia —la de Buenos-Aires y la de Rosario— siguen siendo dirigidas por elementos desafectos a la causa del pueblo español.

Las sociedades regionales siguen en importancia a las de socorros mutuos. En estas la conquista de las posiciones directivas por los republicanos apenas si registra una excepción. El Centro Gallego de Buenos-Aires, que cuenta con 65,000 socios, dió en 1938 el triunfo a la candidatura republicana sobre la franquista por una mayoría del 80 por 100 de los votantes. En las elecciones de 1939 las dos candidaturas presentadas a la lucha se esforzaron por probar en sus propagandas que cada una era más republicana que la otra; así la totalidad de los votos emitidos expresaron adhesión a la República. El Centro Gallego de Rosario se definió, desde el primer momento, como leal, tanto que acordó titularse Centro Gallego Republicano.

En Buenos-Aires sigue en importancia el Centro Asturiano al Gallego. Tenían —y tienen— una fuerte influencia elementos ultraconservadores, cuyo dominio es considerable por la situación económica de la entidad y por la influencia que estos elementos, a causa de su posición bancaria y comercial, pueden ejercer sobre gran número de los asociados. Se intentó la conquista del Centro por los republicanos en 1937 y se fracasó en el empeño. Vueltos a la lucha en 1938 se triunfó por un pequeño margen de votos. Repetida la elección en 1939 fueron derrotadas las fuerzas republicanas por nueve votos, pero en la elección concurrieron tales circunstancias que aún no han sido declaradas válidas y continúa ejerciendo su man-

dato la directiva republicana. Se puede anticipar que en 1940 el triunfo será definitivo, porque podrán emitir su voto más de mil socios, íntegramente republicanos, que el 39 no tenían la antigüedad exigida por los estatutos para votar. Sin excepción los Centros Asturianos del interior tienen directivas republicanas.

Los vascos cuentan en Buenos-Aires con el Laurak-Bat, vieja y prestigiosa institución que ahora inauguró un espléndido edificio, y en Rosario con el Zazpirak-Bat. Ambas entidades están resueltamente al lado de los nacionalistas vascos. Su influencia social es considerable, pues muchas de las familias argentinas de mayor significación se enorgullecen de ser descendientes de vascos e incluso pertenecen a las sociedades mencionadas. El clero vasco de la Argentina, que tiene instituciones de mucha importancia, coincide en ideología con sus conterráneos.

Las entidades catalanas también se encuentran al lado de su pueblo, encabezadas por el Casal Catalá de Buenos-Aires. Al elegir éste últimamente a sus directivos acordó que la junta en pleno efectuase su primera visita al Centro Republicano Español. Existía la excepción del Centre Catalá, vieja institución que vivía de su prestigio en el pasado y que posee un gran edificio. Manejado por elementos franquistas, el Centre llegó incluso a festejar la entrada en Barcelona de las tropas italianas. Pero se ha producido una reacción en la entidad, que ha obligado a dimitir al presidente, y los actuales dirigentes interinos han hecho cambiar totalmente de rumbo al Centre.

Los Centros Republicanos Españoles que hay en el país son unos cuarenta. Son los elementos directivos de todo el movimiento democrático de la colectividad. Se han agrupado en la Federación de Sociedades Democráticas Españolas de la Argentina, que cuenta con más de medio centenar de entidades adheridas, y cuya junta central, elegida recientemente, es la que sigue:

Presidente, Augusto Barcia; vice, Felipe Jiménez de Asúa; tesorero, Tirso Lorenzo; secretario, Ricardo Martínez Redondo; vocales el general Vicente Rojo, Miguel Servera, José Venegas y Miguel Portela.

El órgano periodístico más importante de la colectividad es "España Republicana", semanario que cuenta ya veintidós años de existencia. Los gallegos tienen el semanario "Galicia", órgano de la Federación de Sociedades Gallegas, también republicano, y se publica el semanario "Correo de Asturias", republicano igualmente.

Los propios representantes de Franco han reconocido en actos públicos que el noventa por ciento de la colectividad en la Argentina es afecta a la República.

En el próximo número de

NUESTRA ESPAÑA

El interesantísimo ensayo histórico-político:

La República

D E F E B R E R O

por ALVARO DE ALBORNOZ

Datos *y* Documentos *para la* Historia

La Actuación del Consejo Nacional
de Defensa.

Dificultades para la Evacuación.

La Tragedia de Alicante.

También se insertarán en el próximo número, artículos de Manuel Altolaguirre, Alfonso R. Aldave, Antonio Jaen Morente, Angel Lázaro, José Ballester Gozalvo, José Marcial Dorado y Alardo Prats, entre otros interesantes originales.

LA CRISIS DE LA SOCIEDAD

Hay que salvar al hombre

por M. MILLARES VAZQUEZ

Es indiscutible que el hombre actual está siendo protagonista de un drama histórico cuyo desenlace no podemos vislumbrar siquiera. Este drama puede ser esbozado de la manera siguiente:

En el proceso evolutivo de la sociedad, el individuo ha ido perdiendo su condición de elemento esencial de la sociedad misma, para convertirse en un ente cada vez más insignificante y despreciable. El hombre, como tal ser libre e inteligente, autor y actor a la vez del mundo social en que vive, está siendo destruido por su propia obra. La sociedad que él ha creado lo rechaza, lo repudia, lo ha lanzado al arroyo.

Ahora bien: si la sociedad es obra del hombre, es decir, del individuo, y de él se nutre, esta insólita rebelión suya solo puede tener por consecuencia, no la destrucción del creador, sino la destrucción de lo creado. Se ha dicho que la inteligencia humana comienza a desarrollarse dentro de la armonía social, que el hombre es inteligente porque es sociable. Lo que no se puede negar es la existencia del individuo con anterioridad a la familia. Si la sociedad es un "hecho natural" independiente de la propia voluntad, también lo es el elemento humano que la integra, y es más antiguo éste que aquélla. Para

que la sociedad haya alcanzado el grado de desarrollo que hoy posee, fue necesario que antes pasara por las etapas de la familia, del clan, de la tribu, del núcleo racial.

El hombre no puede vivir si no es en sociedad; por lo menos el hombre inteligente. Pero tenemos que admitir también e inmediatamente que la sociedad no puede “vivir” sin el hombre. Si la vida común es una realidad orgánica “natural”, lo es como una consecuencia del individuo, sin el cual no hay sociedad posible. Viven el uno del otro, y es imprescindible que este “vivir” se desarrolle armónicamente. Cede el hombre a la sociedad aquella parte de sus derechos que son “sociales”; pero a condición de recibir de él, a su vez, el principal de todos sus derechos: el derecho a vivir como tal individuo inteligente. Su naturaleza “social” no le priva, por lo tanto, de sus derechos individuales al obligarlo a constituir la sociedad; antes al contrario, se los confirma.

Quedamos, pues, en que la armonía social entre el individuo y la colectividad es “natural” e imprescindible. ¿Existe actualmente esta armonía? Ciertamente, no. Si no se ha roto totalmente todavía, por lo menos está muy quebrantada. El hombre vive hoy de prestado. No tiene, como tal individuo, derechos, sino obligaciones. Lo maltrata la sociedad; lo desprecia la ley; lo encadena el Estado. Se ha convertido en un esclavo de la comunidad. ¿Dónde encontrar las causas que motivaron esta esclavitud? En el monstruoso desarrollo del Estado mismo.

El Estado no es, en modo alguno, un elemento “natural” en el organismo social. Es más bien un “cuerpo extraño” asimilado por la sociedad. Surge cuando se hace necesario administrar los intereses sociales, cuidarlos, salvaguardarlos. Le compete exclusivamente velar por el bien común y garantizar los derechos del individuo. Por eso su forma es cambiante. Cuando a la comunidad no le sirve un Estado, lo substituye por otro de acuerdo con sus necesidades. La ley es el instru-

mento que le proporciona la sociedad como base de su poder. No es árbitro absoluto e inapelable, sino ejecutor de justicia; rector de la vida pública; "empleado" con poderes limitados al servicio de la comunidad.

Si el individuo y la sociedad son seres orgánicos, "concreto" aquél y "discreto" éste, ambos con vida propia y natural, el Estado en cambio carece de esta "autonomía vital". No es "natural" la vida en él, sino que la recibe de la sociedad. Por eso el Estado no se halla inexorablemente sujeto a las leyes que determinan el progreso social. Antes al contrario, actúa como un elemento de resistencia contra el progreso mismo, y a menudo le vemos esforzarse, con el empleo de los medios coactivos que le proporciona el poder, por retrotraer al hombre a determinadas etapas sociales ya caducadas. Es esta resistencia del Estado la que origina las explosiones revolucionarias en los pueblos. Cuando se ponen diques al progreso, éste termina rompiéndolos con el uso de la violencia.

El mundo actual atraviesa precisamente uno de esos momentos históricos en que el Estado se niega a sufrir la transformación que el progreso de la sociedad le exige. Al encontrarse ante los problemas que las conquistas sociales del hombre le plantean, ha querido resolverlos por el procedimiento de la eliminación. Ya que no podía ir contra la sociedad, determinó ir contra el individuo, que era el exigente. Comenzó por limitar sus derechos naturales y ha terminado por negárselos todos. Ya el hombre no es un ser libre. Es un ente sujeto a los mandatos del Estado. Como consecuencia de su esclavitud el hombre ha ido perdiendo su valor social, tanto más alto cuanto mayor sea su personalidad individual. Y la sociedad, adulada por el Estado, en lugar de salir en defensa del hombre se ha vuelto contra él, despreciándolo, rechazándolo, arrojándolo al arroyo.

Para defenderse de tan brutal agresión, el hombre reaccionó frente a la sociedad y al Estado buscando un arma de-

fensiva en la solidaridad de clases. Surgieron los gremios, los sindicatos, las confederaciones de trabajadores. La unión hace la fuerza, se dijo. Y a los intereses de esta unión que le era imprescindible para poder subsistir, el hombre sacrificó lo poco que aún le quedaba de sus derechos individuales. Hoy el individuo no tiene valor social alguno. Es un "miembro" de un sindicato. Ha dejado de ser, socialmente, un todo orgánico para quedar convertido en un ente despreciable.

He aquí el drama. La crisis que sufre el mundo es la crisis del individuo. Todos los trastornos que padece la sociedad arrancan del desequilibrio que el Estado ha provocado en su seno al esclavizar al hombre. Al dejar de "ser" el individuo, la sociedad ha dejado de "ser" también. Aquel estado social "natural" del hombre ya no existe. Como ese estado es precisamente el fundamento de la sociedad, o sea, su vida, tampoco existe hoy la sociedad "natural".

La crisis social se prolongará mientras se busquen soluciones artificiales, ignorando en ellas el valor del hombre. Hay que volver al individuo. Es necesario que el Estado le restablezca sus derechos y lo estimule a ejercitarlos en plenitud. Si el hombre inteligente se desarrolla en sociedad y la sociedad se desarrolla a su vez con el desarrollo del hombre inteligente, forzosamente tiene que ser la inteligencia la que resuelva los problemas que el progreso le plantea a la humanidad. El hombre está "condenado" a redimirse a sí mismo. Otórguesele libertad plena, restablézcase la armonía social y le veremos orientarse hacia la meta de su redención.

Hay que salvar al hombre para que se salve la sociedad.

Un Emigrado Político

por ALVARO
PASCUAL
LEONE

Ví pasar a Pedro Osuna. Años que no lo encontraba. Estaba bastante cambiado. Su caminar era más lento, su ademán pausado. Había envejecido. Cenceño, erguido, limpio. Su nariz orgullosa se había encorvado: tenía ya un perfil de buen Satán, de Satán buena persona. Aquella su sonrisa pueril y vivaz se había enfriado y convertido en una mueca ceremoniosa e irónica. Había caído nieve prematura en los aladares.

Osuna había nacido, vivido, y esperaba morir, en una Villa de provincias. Villa de prócer tradición, con Universidad y Obispo, catedral románica y un río, una plaza con soportales y una alameda, un palacio plateresco y un castillo moro.

Porque había Obispo, siempre lo hubo, había un Centro Republicano, donde se reunían universitarios y unos artesanos y conversaban al anochecer, en la biblioteca, sentados debajo de un retrato de Don Nicolás Salmerón, que, diríase, les miraba imperioso y dulce.

Porque había palacio señorial, había también un Círculo Tradicionalista, comunión de hidalgos venidos a menos que entretenían su hambre y su ambición desatando balduques y consultando fojas curiales, a los que se unían militares retirados, eclesiásticos, imagineros y mercaderes de orfebrería ritual, de santorales y breviarios, y de exvotos de cera. Los

presidía Don Deogracias, el Señor Penitenciario. En el Salón de Actos, muy solemne, donde se jugaba al tresillo los días ordinarios, se celebraban veladas literarias los días memorables, a las que asistían las margaritas, doncellonas blancas y de manos gordezuelas, devotas, como Doña Teresa, la ilustre confitera de la Calle Mayor. Tenían, en el estrado, un retrato de Don Carlos de Borbón, tocado con boina roja, divanes de velludo, espejos de aguas grises y una estufa...

Porque había castillo moro y su terrible leyenda, la Excelentísima Diputación Provincial tenía, y le pagaba una modesta congrua, un Cronista, Don Amancio de Vargas y Goñi, Caballero del Santo Sepulcro y Director del periódico de más circulación de la Provincia, **El Cruzado**, varón huraño que discurría escondido detrás de su barba blanca.

Porque había alameda y plaza, había también banda de música, que tocaba en las mañanas de domingo, después de la Misa mayor, oberturas de Rossini y de Suppé.

Porque había plaza, alameda y banda de música, había señoritas románticas y pollos que dedicaban madrigales a los ojos, a las manos y a los pies de la Amada esquiva, y redactaban otro periódico, "La Vanguardia", que dirigía el boticario de la Plaza, Don Agustín López, volteriano de gafas de oro y camisa planchada, entomólogo y amigo de Don Emilio Castelar.

Y porque había Universidad, había estudiantes nocherriegos, cafés, rondas y algaradas, casas de huéspedes casi confortables, billares verdes y librerías sombrías.

Para que nada le faltara a la Villa tenía un tonto. "El Tonto". Cabezota de cabellos crespos, gran frente y orejas grandes y salidas, ojos negros como cabeza de alfiler, mandíbula fuerte y boca rasgada. Reía siempre, enseñando los dientes buídos. Iba por puertas andariego y en todas las casas le daban algo, la escudilla de sopa, la chaqueta de abrigo y la moneda de cobre. Nadie sabía de donde había venido, ni como

se llamaba. Atendía por Narciso, por que así lo había querido Don Amancio de Vargas, desde que un día el tonto se contemplaba en el remanso del río, abría su boca y reía una risa sonora y alborozada. Acertó a pasar Don Amancio y le preguntó: —¿Qué haces? —Mire, señor, recriándome, contestó el tonto.

Recriándose y recreándose, volviéndose a crear mejor, en las aguas del espejo, repetía Don Amancio en la docta Crónica cotidiana de "El Cruzado": "He aquí el feliz sentido profundo y eterno del mito de Narciso."

A la salida de la Villa, en el ejido, estaba la aceña en ruinas. A la sombra de los álamos peinaba el azul del río en hilos de plata. Un buen día levantaron muros, ampliaron el edificio, rehicieron la presa. Y trajeron de Barcelona cajones de maquinaria, dinamo, telares... Vino un ingeniero catalán, Don José Valls, gordo y lardoso, de ojos vivos, activo y decididor, enérgico y campechano. Dijeron malas lenguas que era un poco socialista: lo cierto es que no iba a misa los domingos y fiestas de guardar.

Acudieron a la Villa, dejando la campiña verde y la montaña que dibujaba en la lejanía su ceja, mozas garridas y mozállones bien plantados, para trabajar en la fábrica. Muchas casitas blancas, todas iguales, con las persianas verdes y tientos de albahaca y de geranios, se juntaron en las afueras. La Villa se ensanchaba. Aumentaba el tráfico. Los automóviles corrían, corrían, pasaban al faetón de mulas del señor Obispo, levantando tolvaneras. Los comercios de la calle Mayor eran más lujosos que antaño...

Una perdición. El palacio señorial se cerró. El heredero, arruinado, vivía malamente en Madrid. El Círculo Tradicionalista estaba siempre solitario: iban muriendo los viejos cruzados de la fe y los jóvenes no acudían. Se había fundado un Centro Obrero, se murmuraba que con dineros de Don José Valls.

Don Deogracias, el Señor Penitenciario, malsinaba y acusaba poseso de santo horror, escondido detrás de los cristales del Círculo, el desfile de los obreros el día Primero de Mayo. ¡Cómo gritaban y cómo reían esas gentes! Y plegaba los labios un rictus amargo y desdeñoso... Es que la alegría de los humildes tiene un extraño acento provocativo para los venturosos, como si les robaran un poquito de su mucha felicidad y aun hicieran burletas.

En la manifestación iban los del Centro Republicano, con su bandera tricolor, y al frente de ellos Pedro Osuna. Al irrumpir en la calle Mayor la multitud gritona y entusiasta, Doña Teresa, la confitera, cerraba temblorosa la puerta, se persignaba tres veces, rezongaba una oración, alentaba un suspiro hondo, y seguía ahuecando el soplillo de merengue. Don Agustín, en el artículo de fondo de "La Vanguardia", anunciaba la Revolución, así, con letra mayúscula y todo —como si la hubiera entrevisto en llamas dentro de la bola roja del escaparate de su Botica—, y la caída de los Borbones, evocando a Don Juan Prim y a Don Emilio Castelar. El señor Juez se amohinaba al leerlo y pensaba en el Auto de procesamiento y prisión preventiva que dictaría al día siguiente, en defensa de las sacrosantas Instituciones. Don Amancio, como un postrer profeta de Israel, vaticinaba en la Crónica de "El Cruzado" inminente Apocalipsis...

Pasaron meses. Años. El día 12 de Abril de 1931, Don Agustín López y Don José Valls fueron elegidos concejales republicanos. En toda España habían triunfado, en las elecciones, republicanos y socialistas. En las gentes alentaba una sensación angustiosa de espera. En la tarde del día 14, anochecido, tras horas de indefinibles presagios, se expandió el rumor de que en Madrid se había proclamado la República y que Don Alfonso de Borbón se dirigía a Cartagena, para embarcar, rumbo al destierro. ¡Viva mi Niña! Clamores y vítores, música en la Plaza —Himno de Riego, mucho Himno de

Riego, Marsellesa...—, banderas, millares de banderas, como si el cielo hubiera parido banderas.

Lo confirmaron todos los despachos de Madrid aquella misma noche. Don José Valls fué encargado del Gobierno Civil, interinamente: ya se decía que tenía muy buenas aldabas. Don Agustín López fué elegido por el Concejo su Alcalde. Hubo desfiles militares y fiestas populares, vuelo general de campanas y recepción en el Gobierno Civil, a la que asistió el señor Obispo.

Pedro Osuna fué elegido diputado a las Cortes Constituyentes. Nunca lo hubiera soñado. Hombre tímido, parecía audaz: la audacia es, al fin, timidez contenida y dirigida, superada. Hombre pasional, mantenía su acción, su pensamiento y su palabra en la medida fría de la serenidad: la serenidad es la conciencia de la pasión. Hombre sin ambiciones, tenía la tenacidad ambiciosa de servir a sus ideales y se convertía en hombre de acción. Hombre sencillo y llano, era un enamorado de la jerarquía libre y democráticamente elegida. Sin vanidad, orgulloso de su representación popular. Jacobino, temía que detrás de los jacobinos se agazaparan pérfidos los termidorianos: temía que en el amor a la libertad se ahogara la libertad. La evocación de Robespierre le deslumbraba y estremecía. Admiraba al turbulento Dantón. Amaba la memoria de Camilo Desmoulins. Ser libres o morir era su divisa, como la de "Le Vieux Cordelier". Demócrata de corazón. Aborrecía a los demagogos. Desconfiaba de ellos. Los consideraba como enemigos. Algunos decían que Pedro Osuna, cada día más achacoso, como un achaque triste del espíritu, se hacía escéptico y reaccionario. A los amigos les aconsejaba moderación, siempre moderación: la demagogia es una suplantación del espíritu de la democracia, les decía y repetía. La demagogia es el homenaje que un espíritu propicio y tentado por el despotismo ofrece a la democracia. El demagogo, en vez de servir a la voluntad general, halaga a las muchedumbres para

servirse de ellas, para el logro de su interés singular o complacencia de su personal pasión. Se sirve de las pasiones y ambiciones de las multitudes, para burlarlas y hacer triunfar su pasión y ambición personales. Se sirve del partido político triunfante para concluir con los partidos políticos de oposición. El demagogo no aspira a dirigir la muchedumbre: se resigna a ser dirigido por ella, para mejor poder señorearla. El demagogo exalta las pasiones y aun los instintos populares, para alcanzar la popularidad. Es extremoso, radical, implacable. Será traidor, por miedo o perfidia, por ambición personal o al servicio de intereses contrarrevolucionarios, autóctonos o extranjeros. Si investigáis el pasado de algún revolucionario exagerado y vocinglero, os hallaréis la sorpresa de que no es de los nuestros, ha tenido una educación conservadora y tradicional, contraria a todo cambio, y, producido el cambio inevitable, se convierte a las nuevas ideas con premura acuciosa y desconfiada y exagera. Exagera para hacer olvidar su pasado, para olvidarse el mismo. Por miedo avanza. Miedo de ser conocido, de ser recordado como era, de ser reconocido como es. Traiciona antes de ser tenido por traidor. Débil muchas veces, mas que perverso vil, por que le febleza envilece y degrada, es peligrosísimo, dañino. Traidor, por miedo más que por principio. Otros demagogos, en cambio, son traidores por principio, agentes deliberados de la traición al servicio de intereses de la facción reaccionaria o de intereses extranjeros. Estos demagogos utilizan la libertad para destruir la libertad. Comienzan por deshonorarla: haciendo olvidar a los ciudadanos, cortesanos y serviles de las muchedumbres, que la conciencia de la libertad es el deber, que no hay libertad legítima contra la libertad ajena, contra la libertad general. Estimulan el exceso. Proclaman como derecho el desafuero. Concitan ilusiones en el corazón de las masas. Pintan como realizable la utopía. Siembran la inquietud. Para encubrir su traición acusan de traidores a los leales, levantan la ingenua y terrible suspicacia del pueblo contra sus mejores

directores y servidores, que para mejor dirigirle y servirle no le adulan. Así destruyen un país y un régimen, corrompen la ciudadanía y la esclavizan los demagogos. Un país y un régimen no se destruyen desde fuera: es muy costoso, más expuesto. Es más fácil destruir país y régimen dejando que el demagogo cruel y voraz esté, día y día, royéndole las entrañas... Recordad, amigos, este hecho: es un símbolo. A Robespierre no lo mataron los aristócratas, los emigrados de Coblenza, no. Lo asesinaron sus amigos, sus discípulos, Tallien, Barras... Sus discípulos. (El discípulo es siempre el peor enemigo del maestro). Tallien, el implacable verdugo de aristócratas en Lyon —y Teresa Cabarrús, Mme. Tallien, la gentil aventurera española—, asisten en los días dorados de Termidor al baile de las víctimas, mezclados con los hijos de los nobles y con los agiotistas enriquecidos durante el período revolucionario, entre lindos y maravillosos, que llevaban un lazo rojo en el cuello, como huella profunda e indeleble de la cuchilla de Guillotín...

Y la voz de Pedro Osuna tenía un acento grave y sombrío. Hablaba y hablaba. Muchas veces como un iluminado, como si no advirtiera la presencia muda y asombrada de sus interlocutores. Allí en su celda, enjabelgada y pequeña, en su casona que había quedado apartada del centro muchedumbroso de la Villa. Vivía pobremente. Unos libros, clásicos españoles singularmente, una mesa amplia de noguera antigua y un cacharro de Talavera con flores constituían toda su riqueza. Miraba al campo por la ventana abierta, al horizonte gris, estremecido por la cortina de orvallo. Callaba, ensimismado. Los amigos salían, silenciosamente, de puntillas. Y volvía al trabajo. El infolio sobre el atril. Leía su libro favorito: "Política para Corregidores y Señores de vasallos", de Castillo de Bovadilla, en la edición primorosa de Amberes, de los Hermanos De Tournes, de 1750. Leía y glosaba: ... "por que ha de considerar el gobernador cuando se encarga del oficio que no se lo dieron para que comiese bien, ni para que ahorrarse dine-

ros, ni para que se honrase con él, ni para que ganase amigos, ni para que vengase sus injurias, ni para ser el más acatado y principal del lugar, sino para que administrase justicia igualmente en todas las cosas, pensando, hablando y obrando lo que conviene al bien público.”

...Y pasaron unos años más. Osuna habíase apartado de la política activa. Su salud, de suyo siempre precaria, estaba muy quebrantada. Residía permanentemente en la Villa. Meditaba. Escribía. Vivía aislado, deseoso de gustar su soledad. Paseaba, en las mañanas de sol, por el campo. Serenaba su ánimo en la contemplación de la anchura azul del horizonte, verde nuevo los prados, oro las tierras de pan llevar; más arriba, los bosques negros sobre las montañas violeta.

Alguna vez le visitaban los amigos, los correligionarios, para pedirle consejo. Sonreía, suave e irónico. El consejo antes daña que aprovecha si el que lo da no tiene mucha cordura y el que lo recibe mucha paciencia: así decía, como un místico español. Después, de grado, daba el consejo pedido aunque desconfiara de su utilidad.

Un día sintió tráfago insólito en las calles, clamores, voces confusas y alarmadas, disparos de vez en vez. Clarines. Correr de las gentes, carreras de caballos. Se le conturbó el ánimo: ya no era hombre de acción. Y llegó a su retiro Doña Teresa, la ilustre confitera de la calle Mayor, corretona y refitolera, radiante, y le contó apresurada, entre risas y congojas, que había triunfado el glorioso Ejército. ¡Ahora verían los republicanotes sin fe y los impíos comunistas! Habían ¡por fin!, vencido Cristo Nuestro Señor y España.

Osuna callaba. Le consideraba yo con infinita tristeza. ¿Y los nuestros? me atreví a preguntarle, ansioso. Todos han muerto, contestó. Todos. Hasta el ancianito Don Agustín López, el boticario: le ajusticiaron por que decían era masón recalcitrante.

Los viajeros

del “Marqués de Comillas”

por JUAN DE OVIEDO

Los viajeros del “Marqués de Comillas” —magnífica plataforma de propaganda republicana el “Marqués de Comillas”, aunque el nombre sea de evocación reaccionaria y plutocrática— nos tienden las manos afectuosamente. Algunos, viejos amigos, nos abrazan con efusión. Otros, que no nos conocían o nos conocían mal, nos miran ahora con simpatía y buscan nuestro saludo. Ya no somos para ellos “rojos”, los “rojos”. O no lo éramos antes o las aguas profundas del océano nos han desteñido. Los rojos quedan allá. Son la “gente bien” de otro tiempo, la flor y nata del conservadurismo, los señoritos falangistas, los defensores titulados del orden social. Quedan allá entregados a su obra de destrucción, encenagado el corazón en el odio, tintas las manos en la sangre de la represión más horrible que registra la historia de España.

Los viajeros del “Marqués de Comillas”, que durante la travesía han tenido que guardar prudente silencio, vigilados de cerca por la policía franquista, recobran el habla al poner el pié en tierra firme. Y se hacen lenguas de la “nueva España”, de la España del “Caudillo”, de la “España Imperial”. Los que se precipitaron a visitar la patria a la terminación de la guerra, creyendo encontrarla en las bienandanzas del año triunfal, han tenido que regresar presurosos y no ocultan la amarga

decepción: los unos han dejado allá sus ilusiones y los otros su dinero. Los que iban, al revuelo de la victoria, en busca de negocios fáciles, han tenido que volver con las manos en los bolsillos. Y los afortunados que, sintiéndose en peligro, en un ambiente saturado de delación y de espionaje, o no pudiendo soportar el espectáculo de la represión, han arribado, al fin, a la tierra libre de América, cuentan y no acaban de los horrores vistos y sufridos, del hambre de las masas, de la implacable crueldad de los vencedores, de la espantosa tiranía del Estado nacionalista.

Ya no se puede decir de España, como alguien en otro tiempo dijo, que es un presidio suelto. Ahora es un presidio maniatado. Media España está entre cerrojos, en las cárceles, o entre alambradas, en los campos de concentración. Las cárceles y los presidios no admiten más competencia que la de los cementerios, y el carcelero sólo se aviene a permanecer inactivo a condición de ceder los trastos al verdugo. Y ahora ni siquiera queda el consuelo último del sepulturero, pues ha desaparecido, con la piedad humana, la obra de misericordia de entregar los mortales despojos a la tierra. Ahora la carne de dolor se pudre a la intemperie, como la desgarrada en la selva por los animales feroces, o la clavada a los postes, en bárbara expiación, a la entrada de los poblados salvajes.

Toda España es cárcel o cementerio. Pero lo es, sobre todo, la noble, la heroica Asturias. Más de sesenta mil moros acampan en la hermosa región, so pretexto de mantener el orden público, y no hay villanía que no cometan. Las gentes huyen a los montes, aterrorizadas o rebeldes, y forman partidas cada día más numerosas. Hace unos meses se hablaba de cinco mil hombres; ahora se habla de treinta mil. Sólo bajan al llano, como los lobos, cuando los impulsa el hambre, a fin de apoderarse de un convoy o de cortar un tren de mercancías. Se defienden, valerosos, y están dispuestos a vender caras sus vidas. Este es el orden que reina en Asturias. Cuando el "Generalísimo" la visitó ha-

bía en las carreteras retenes de Guardia Civil y de Asalto cada cincuenta metros, y estaban vigilados y cercados por la fuerza pública todos los caseríos de las inmediaciones. En Gijón fué directamente al Cuartel de "Simancas", rodeando las afueras, sin cruzar el interior de la ciudad, y de Covadonga, el santuario de la Reconquista, ahora entregado a la custodia de los infieles mahometanos, tuvo que salir en medio de tiroteo en las montañas.

Del clima moral de Asturias, donde las ejecuciones se verifican en tal número que hubo día que pasaron de setenta, ambulante el verdugo de pueblo en pueblo como los titiriteros en las ferias, da idea lo siguiente, que se atribuye a un sacerdote, no ciertamente de Cristo. Ahora —decía— hemos modificado la Doctrina. El quinto mandamiento ya no es "no matar", sino "matar con justicia". Si los obispos se ocuparan menos de política y más de religión no andarían los malos pastores de tal modo descarriados por los caminos de la impiedad.

Y del ambiente intelectual de la Asturias fascista da idea lo sucedido con la estatua de "Clarín", el insigne pensador y escritor, padre del Rector de la Universidad de Oviedo fusilado en la primavera de 1937.

Es de advertir que "Clarín", el autor de "La Regenta", era un espíritu profundamente religioso. No sólo profesaba una filosofía espiritualista; andaba, en sus años postreros, muy cerca del misticismo. Lo último que escribió fué una admirable página dedicada a la Catedral de León, que acababa de ser restaurada. El no tenía la culpa de que no fueran los cabildos diocesanos espejos de moralidad, de que hubiera Provisores con espíritu de mercaderes y Magistrales profanos y mujeriegos. Era un penegirista de la santidad del buen Obispo Sanz y Forés. Y lo recordamos muy bien, un admirador del gran Pontífice León XIII. Si no un católico liberal, era, cuando menos, un gran cristiano.

Es de advertir, además, que “Clarín” murió hace cuarenta años. Tiempo más que suficiente para que se desvanecieran los odios que hubiera podido concitar su pluma combativa y se reflejara serenamente su gloria, proclamada por los más grandes entre los españoles contemporáneos suyos: un Castelar, un Menéndez Pelayo, un Pérez Galdós. A esa gloria levantaron sus discípulos y admiradores un sencillo monumento en el Campo de San Francisco, el viejo y hermoso parque de la ciudad, donde él paseaba en los días soleados del invierno o se sentaba en verano a la sombra de los añosos “carbayones”, a departir con sus amigos, entre los que no faltaba nunca el malogrado Juan Ochoa. Pues bien; ese monumento fué primero ultrajado, cubierto el busto con una albarda y una cabezada, y volado después con una bomba. No hay, naturalmente, adjetivos para encarecer tal barbarie, que se encarece por sí misma.

En vano las hojas de propaganda franquista voltean las campanas para rodear de silencio la trágica verdad. La trágica verdad se abre paso. Cruza las fronteras en los trenes y los mares en los trasatlánticos. Vuela en los aviones. Siempre fueron los viajeros los reveladores del secreto de las tierras incógnitas: el arcano profundo de América, los misterios del continente negro. Y el eco de la vida humilde y lejana, sin reflejo en los libros y sin espacio en las gacetas. Mucho más ahora que no hay “murallas de la China” ni hay todavía una censura pública internacional, aunque sí haya un egoísta y cobarde silencio internacional.

ARTURO SOUTO

PINTOR ESPAÑOL

por RAFAEL SUAREZ SOLIS

El primer día español alegre que he tenido después de la guerra lo encontré en la exposición del pintor Arturo Souto en el Colegio de Arquitectos. Algo así como si regresara a la sala central del Museo del Prado después del bombardeo. Le dije entonces al enemigo que llevo siempre pegado como un parásito implacable: “¿Ve usted, franquista de todas las calumnias, como en España nadie roba nada? Ni siquiera usted, a pesar de las ganzúas que le han prestado Hitler y Mussolini?”

A poco, otro que tal, aunque sin filiación, me preguntó reclamándose de insidia frente a un cuadro de Souto:

—¿Qué le parece este Cezanne?

—Que ahora vengo a enterarme de que Cezanne nació en Pontevedra, hijo de madre catalana y de padre andaluz.

Porque hay todavía listos que confunden la erudición con el comadreo intelectual, sin saber que el español de raza es un insobornable de regreso de todas las tentaciones.

En España no se destruye nada matando millón y medio de españoles. Lo de llevar las obras del Museo del Prado para Ginebra no fué una protección de la República al patrimonio nacional. Se hizo para mortificar a los bombardeadores extranjeros. Lo que pintaron los españoles para jugar a la gallina ciega con los coleccionistas de figurines anda suelto por las calles

de España sirviendo de modelo a la eternidad de las anécdotas. Para encontrar un Bermejo, un Gallegos, un Berruguete, un Greco, un Ribera, un Murillo, un Velázquez, un Goya... no es necesario revolver los escombros de la filosofía de la Historia con el azadón del campesino griego que exhumó a la Venus de Milo enterrada desde hacía dos mil años en un campo de trigo. Paul de Saint-Víctor, refiriendo el milagro de esa resurrección, describe: "La suprema felicidad que expresa su rostro, esa dicha inalterable que extrae de su esencia un ser perfecto, os consterna y os humilla. No hay esqueleto en ese cuerpo soberbio, ni lágrimas en esos ojos ciegos, ni entrañas en ese torso por donde circula una sangre serena y regular como la savia de las plantas. Es de la raza lapidaria de Deucalión y no de la familia de sangre y de lágrimas engendrada por Eva".

Difícilmente se puede explicar mejor el por qué se mueren las culturas. Es necesario entretener la paciencia ejemplar de los arqueólogos. No sería posible si las culturas se empeñasen en permanecer eternamente de carne y hueso. "Las Atlántidas — define Ortega y Gasset — son las culturas sumergidas o evaporadas". Y el hombre es lo que jamás se evapora o se sumerge. Lo de que es polvo y se volverá al polvo se dice como un consuelo religioso a los pobres de espíritu que necesitan el juguete del cielo. El hombre fuerte sabe de su eternidad, de su felicidad, reproducido en sí mismo aquí en la tierra con la misma sangre en la que se define el temperamento de un pueblo. Cuando el pueblo, como en la Grecia apolínea, como en la gracia de Venus, deja de tener esqueleto, entrañas, lágrimas y sangre, y se nutre, como las estatuas, de una serena y regular savia platónica es que le ha llegado la época arqueológica.

Pero España será una cultura que no muere mientras sus pintores hagan del hombre de la calle modelos para retratar santos, diablos, reyes, héroes, pícaros, bufones y vírgenes. La eternidad de la pintura española consiste en que no adopta otra tarea sino la retratista. Se ha dicho de España que es la na-

ción que más ha contribuido a coleccionar retratos históricos, aportando de este modo más documentos esenciales a la psicología universal. De ahí que el arte hispánico se haya caracterizado siempre por un realismo neto, que es lo fundamental e inconfundible en el retrato.

No nos dejemos engañar por la quietud aparente del retrato. La quietud es una de las formas más expresivas del furor; supone lo que un tiempo del ánimo en acecho, a la expectativa de la oportunidad para el asalto. El hombre condenado a ser retrato medita lentamente las causas de su estado de inmovilidad, de prisión, y calcula lo que podría hacer de salirse del marco de sí mismo.

En salirse enfurecido del marco se halla todo el significado realista de la pirtuna española como algo más demostrativo que la maña académica del pintor. Ahí está lo español temperamental: España como un museo viviente de retratos; todo lo que va desde Bermejo a Goya, y que encontramos todavía, esencial, temperamental, en Arturo Souto. Con los cuadros de Souto puede hacerse una total restauración de la pintura española sin que en ella falte un santo, un rey, un mendigo, un cretino, un dictador, un héroe. Por supuesto, el paisaje. Y en el paisaje — en el redescubrimiento del paisaje— el sentimiento trágico descrito por Miguel de Unamuno. “España se encontrará a sí misma cuando regrese a su paisaje”, ha dicho Don Francisco Giner.

Don Miguel —¡cómo extrañamos el retrato de Unamuno en esta colección de cuadros de Souto!— pudiera meditar en cualesquiera de los interiores y exteriores del catálogo. Recorriendo las anécdotas del salón dan ganas de pedir pensamiento crítico a Unamuno, ya que su parecido es el mejor modelo en el paisaje de la obra total de Souto. El eterno personaje de la pintura española que es Unamuno nos diría, como si hablase de sí mismo, que es como hablaba en sus monólogos de infatigable solitario por el paisaje de España: “Esta no es obra de púlpito.

Ni de tribuna política... Lo que le libra, en lo posible, de cierta retórica inevitable en esas actividades. Obra de confesor. De confesor y de confesado”.

¡Qué bien acertaba Don Miguel cuando miraba —calaba— el paisaje español! Toda la obra de los grandes retratistas españoles —y ya dijimos que la pintura española es obra de exclusivos retratistas— resulta un monólogo de confesores que se confiesan. Y el resultado es ese paisaje del que no sabemos donde empieza lo exterior y donde termina lo interior, cuándo es geografía terrestre y cuándo humana.

Paisaje que no deja de ser español ni cuando el artista lo encuentra fuera de su tierra, esa es la pintura de Arturo Souto. Allí donde un español pinta, y en cualquier idioma que pinte, pinta a España: conquista pintura para España. A la inversa de los demás pintores, que al pintar en España se hacen, como el Greco, españoles. El Greco, una vez instalado en Toledo, no volvió nunca a ver más luz que la inconfundible toledana. Tan imperial, que la gloria de Dios, desde entonces, está poblada de españoles, sin excluir al renegado del Greco que fué Felipe II. Marañón, en un ensayo clínico hecho para diagnosticar la salud española de los ojos del Greco, de quién decían los ciegos académicos que padecía de astigmatismo, demuestra, echando mano elocuente de su fichero patológico, que los retratos del Greco — el de Jesús, el de la Virgen, el de los Apóstoles— son tomados de las criaturas de Dios —judíos principalmente— que padecieron astenia en el infierno toledano. Que volviera Doménicos Thetocópulos a Creta después de haber vivido en Toledo, y poblaría el Olimpo con los caballeros españoles que presenciaron el entierro del conde de Orgaz. Lo contrario de lo que a las escuelas extranjeras les pasa cuando entran en España. A poco no las conocen los flamencos, los venecianos o los franceses que las llevaron de visita. Son los parlamentos, los bares y los chaques, cosas inductibles, y a poco ya parecen mentideros, tabernas y chaquetillas toreras.

Naturalmente, cuando se dice que Arturo Souto es un pintor español nada se dice de la semejanza con otro pintor español cualquiera, ni de hoy ni de ayer. Si pudiera decirse dejaría, por lo mismo, de ser español. Lo español, dentro de la fatalidad temperamental, es lo singular por antonomasia. Es ese gesto al que siempre se le encuentra el quinto pie, y por ese pie quinto, esa rueda catalina —rueda loca— se distingue la manera de andar de cada uno de los cuarenta y cuatro millones de quijotes que tiene España. Un pintor español no es español hasta que no se diferencia totalmente del resto de los pintores españoles. Y la razón es bien sencilla. Un paisaje español es la negación del tópico geográfico; porque lo mismo puede llamarse gallego que andaluz, catalán que castellano, ¡y cualquiera hace con todos esos elementos heterogéneos un modelo de escuela paisajista! La España única es la España diversa, en pintura como en política, y hasta pudiéramos decir que en religión. A ver quién es el guapo teólogo que pone de acuerdo a los aragoneses y los sevillanos sobre la ubicuidad de la Virgen, no importa el esfuerzo de la Iglesia por hacer española a la Purísima Concepción.

Pero a poco de encontrarme en la exposición de Arturo Souto la alegría del primer día español después de la guerra se me puso a temblar pensando en el destino de aquellos conocidos e inconfundibles personajes. Uno por uno los he visto regresar al paredón de los fusilamientos, como si todos se escapasen del “Tres de Mayo” de Goya. Y es entonces cuando el ánimo no sabe si entristecerse o alegrarse por esa transmutación del retrato al modelo y del modelo al retrato que es toda la pintura española. Eso que, repetimos, llama Unamuno el sentimiento trágico de la vida: muerte para la resurrección, pero resurrección para la muerte. Que en eso consiste la eternidad española en la vida y el arte: una agonía permanente entre dos cataclismos imprevistos. ¿Acaso todas las grandes fechas de España no son las vísperas de un glorioso fracaso? ¿Acaso la religión no celebra allí sus fiestas más lucidas en la Semana Santa? ¡Semana

Santa en Sevilla! Y el aire se llena de canciones —cante jondo en la saeta—, de flores, de perfumes, de piropos y estrellas. Borrachera de la muerte para luego despertar en las náuseas de la vida.

¿Qué hace, si no, en lo alto de la testera principal del salón aquel cuadro sin nombre que pone nombre al innominado momento por el que todavía no ha acabado de pasar España? Todo lo demás del catálogo es antes y después de eso que no se sabe lo que es, pero que ha sido y será muchas veces. Ese trágico principio y final de todo lo español que, en pintura, empieza con las tablas religiosas castellanas —sangre y oro como en una corrida donde los toros fueran santos— y parecía terminar en la sátira goyesca. Pero que no termina allí, sino que comienza, por el deber unamunescos de Goya de pintar “El 2 de Mayo” y otros cuantos caprichos de aquel final de España.

Greco, Goya, Souto... España es un minuto eterno —vida y arte— lleno de ayer, de hoy y de mañana. Nacimiento, pasión y muerte. Muerte, pasión y nacimiento. Tragedia en rotación. Eternidad.

Y en este trágico remolino de siglos el español como una fuerza infatigable. La fecundidad asombrosa del español que escribe o pinta: Lope y Galdós; Velázquez y Goya. A dos manos y con una cabeza giratoria; para aprehenderlo y verlo todo; en un esfuerzo de todos los minutos; volcados sobre el papel o el lienzo. Tratando —o no se es español— de concretar en una obra múltiple la diversidad del paisaje nacional: las mil diversas partes de la unidad española. Toda poblada de molinos de viento.

Diálogo final en la exposición de Arturo Souto:

—¿Cuándo pinta este trotamundos silencioso?

—Cuando calla. Sólo el silencio en marcha tiene elocuencia para tanto.

El Ateneo

De “Escaleras abajo”

ALGUNAS ANECDOTAS DE CHACHARRERIA

por JENARO ARTILES

¡Era una reminiscencia atávica del ingenuo ¡Vivan las caenas! con que nuestros bisabuelos se enganchaban a la carroza que tiraba de la oronda humanidad de Fernando VII, o del pérfido “Lejos de nosotros la funesta Manía de pensar” con que una universidad católica española se dirigió en otros tiempos a las autoridades civiles, dispensadoras de prebendas y fulminadoras de castigos ciegos? ¡Era la premisa necesaria de aquella curiosa etimología que daban nuestras derechas a la palabra “tranquilidad” cuando decían que tranquilidad viene de tranca, o es una anticipación del grito selvático y resentido de “¡Muera la inteligencia!” que más tarde había de resonar bajo los mismos techos que escucharon en Salamanca su antítesis: el “Decíamos ayer” de Fr. Luis de León? Yo no sabría determinarlo. Pero sí puedo certificar el hecho de que, si la Universidad de Cervera y el hijo del jefe de la Cárcel Modelo de Madrid que se vió envuelto en la maraña del famoso crimen de la calle de Fuencarral —según rezan los pergaminos del general Millán Astray—; si una y otra cosa son manifestación de la unidad de pensamiento de las derechas españolas con intervalo de poco más de un siglo, el Ateneo de

Madrid, la idea que del Ateneo de Madrid tuvieron y tienen estas mismas derechas, no son una excepción ciertamente.

El Ateneo de Madrid ha sido siempre, a través del siglo largo de vida a que ha llegado, el blanco de las iras más enconadas de nuestros "elementos de orden". ¿Que por qué? Por eso, por ser el Ateneo, por ser un centro de cultura superior, por sostener unas cátedras públicas, por tener una biblioteca excelente por la calidad y el número de sus fondos y abierta a todo el mundo desde las ocho de la mañana hasta la una de la noche hace ya más de cien años y a la que tenían que acudir cuantos en España quisieran realizar estudios de cierta seriedad.

No se puede decir que el Ateneo fuera un club político, como aseguraban sus enemigos, ni un centro revolucionario, más que en la medida en que la cultura tiene fuerza suficiente para cambiar, no ya los regímenes de gobierno, que es lo transitorio en la vida de los pueblos, sino la propia estructura interna del país. No se pudo decir jamás con verdad que su cátedra pública fuese negada a nadie que tuviera algo interesante que exponer, sin preguntarle su ideología política ni sus creencias religiosas. Yo, que he vivido el Ateneo de Madrid desde los primeros días de mi llegada a la entonces Corte, que, por motivos profesionales, he tenido que estudiar la historia de la institución, y que he sido testigo y a ratos actor de la vida del Ateneo durante los últimos quince años, los más azarosos de su historia, puedo asegurar que por la tribuna del Ateneo de Madrid han desfilado —y me concreto al terreno político solamente, prescindiendo de las conferencias que podríamos llamar científicas— hombres de derechas y de izquierdas; y los he oído hablar a todos con la misma libertad y todos los hemos escuchado con el mismo respeto. Cuando yo pisé por primera vez aquella casa, allá por el año 1922, se comentaba todavía con elogio la actuación en su sala de discusiones de Calvo Sotelo, ateneísta asiduo en sus tiempos de formación y antes de que la ambición política lo llevara, del

brazo de Maura, al torbellino pasional de la Juventud Maurista, fracción política del conservadurismo español que más daño hizo a la institución monárquica y que con mayor empeño atacó a la Monarquía en la persona de su último representante en España, D. Alfonso XIII, en quien veían ya al enemigo más peligroso de la tradición española y del conservadurismo.

En plena República hemos oído todos a Ramón Ledesma Ramos, el fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, las JONS que sin saber ellos tal vez de donde proceden, figuran al final del nombre del actual partido único en España: Falange Española y Tradicionalista de las JONS; lo hemos oído y lo hemos visto ridículamente vestido con un uniforme de su invención (traje negro de guerrera cerrada hasta la garganta y una corbatita roja como puñalada sangrienta en el cuello) exponiendo a una concurrencia de ateístas silenciosos su teoría sobre la estructura del Estado fascista que había concebido.

En 1922 se discutía en la sesión de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo una memoria que dió por entonces mucho ruido: la referente a las responsabilidades por el desastre de Annual en Julio de 1921. Era su autor el señor Arantave, abogado famoso en otro tiempo, que se levantaba, ciego como estaba ya, a defender con calor juvenil sus puntos de vista. Las opiniones en el Ateneo, como en toda España, se habían polarizado entre monárquicos y republicanos, en dos bandos: berengueristas y antiberengueristas. Berenguer había sido el general a quien, si no la culpabilidad inmediata del desastre, que fué obra personal y directa del General Silvestre y mediata indiscutible de la podredumbre de toda la armazón del régimen, sí era ciertamente el jefe de los ejércitos que operaban en el Marruecos español y quien acudió en los primeros momentos a apuntalar los muros de la capital del Protectorado, Melilla, a cuyas puertas aullaba ya la morisma victoriosa y ensoberbecida de Abarán y de Annual. Berenguer fué el res-

ponsable —responsabilidad no quiere decir culpabilidad— de la rendición vergonzosa de Monte Arruit y de la entrega de toda la guarnición al cuchillo de los partidarios de Abd-el Krim, y del General Navarro, Marqués de Casa Devalillos —no está de más decirlo— con toda la oficialidad, al cautiverio de Alhucemas.

En aquel proceso, que bien pronto y por la fuerza natural de las cosas, se convirtió en proceso que se veía en la calle porque todos y en todos los tonos intervenían en él, se ventilaba ya la vida misma del régimen, cuyo representante máximo, el Rey, aparecía complicado y dirigiendo y alentando personalmente a Silvestre a espaldas de sus ministros.

Pues bien, en las discusiones del Ateneo recuerdo haber oído discursos tremendos es verdad, contra el Rey (de Rodrigo Soriano, de Indalecio Prieto, de Albornoz, de Marcelino Domingo), pero no recuerdo menos los de los amigos de Berenguer y del Rey; hasta de algunos que no merecían que se les escuchara con respeto: Víctor Ruiz Albéniz, un médico sin enfermos —médico fracasado como tal, por tanto— que ya entonces escribía en el periódico “Informaciones” unas malas crónicas de la guerra de Africa con el seudónimo de “El Tebib Arrumí”. ¿Recordáis este nombre entre los turiferarios actuales de Franco y de su familia gobernante? Pues no ha tenido nada que aprender porque ya desde 1921 estaba a sueldo de Berenguer en cuyo honor escribió poco después, firmando “Juan de España”, un libro sobre la guerra de Marruecos y con el nombre del propio general, otro sobre la actuación política y militar de éste: “Las Campañas del Rif y de Yebala”.

Cerrado el Ateneo en 1924 por la Dictadura de Primo de Rivera con el General Martínez Anido en el Ministerio de Gobernación, y nombrada por el gobierno una junta directiva en 1925 —el siete de Julio tomó posesión, día en que los buenos madrileños celebran una de sus fiestas liberales—, junta que presidía un ilustre desconocido, el Sr. Soto Reguera, sur-

gió por aquella casa una fauna intelectual nueva. Entre los ateneistas de nuevo cuño recuerdo... Bagaría perpetuó con su lápiz genial al "Ateneista" típico de entonces, el más asiduo y el verdaderamente característico de la época 1925-1929: el honrado Guardia de Seguridad a quien, para mayor carácter, montó sobre las narices florecidas de granos, unas gafas de concha y puso una pipa de bohemio en la boca. Aparecieron por allí entonces gentes como César González Ruano, uno de los valores espirituales de la España de hoy. González Ruano ha sido —es bueno recordarlo— el único socio del Ateneo a quien ha habido que expulsar de la Biblioteca por robo de libros. Iba por allí todos los días con un amigo de los que en un argot demasiado eufemista se suelen designar como amigos íntimos, un Fernández Cuesta, desmirriado y larguirucho como él, y entre uno y otro pedían en la biblioteca su buena docena de libros que no devolvían después. Recuerdo —yo era entonces jefe de la biblioteca— que todos los libros desaparecidos se referían a Oscar Wilde —coincidencia curiosa— y que poco después vió la luz pública una obrilla de González Ruano sobre Wilde —también coincidencia, aunque de otro orden— bastante antes de que escribiera uno más detestable todavía sobre poetisas de América y los reportajes truculentos de crímenes en que se especializó más tarde. Iba entonces por el Ateneo José Antonio Primo de Rivera, que no había soñado todavía con que lo hicieran "El Ausente" ni siquiera con ser el "presente" de las letanías falangistas a sus muertos: Era simplemente un hijo de su papá, que no en balde era el Dictador; relamido, tímido, de pocas palabras, que se escurría avergonzado por entre los concurrentes de las galerías del Ateneo; hablaba poco, razonaba menos y parecía que estudiaba mucho.

Pero estas cosas y estos personajes y personajillos son lo pasajero en la vida moderna del Ateneo. Lo permanente, en punto a episodios de su vida diaria y a tipos característicos

FUNDACIÓN
PABLO OLIVERA

del ateneísta que se solía llamar de “escaleras abajo” porque no pasaba nunca de la planta baja, la célebre Galería de retratos y la Cacharrería o los salones de tertulia, y porque había que diferenciarlo de los que subían la escalera, es decir, los que frecuentaban la biblioteca que ocupaba toda la planta principal del edificio de la calle del Frado, eran otros ateneístas, de los cuales me propongo seleccionar un grupo de los más conocidos.

Y procedamos cronológicamente. ¿Cómo se llamaba aquel viejecillo que en 1923 y 1924 —porque en este último año desapareció del Ateneo y del mundo de los vivos— un señor Domínguez a secas, muy acicalado, cubierto indefectiblemente con un hongo impecable en cuanto a limpieza, aunque hubiera mucho que decir de su novedad; que hablaba y no acababa de sus riquezas en Méjico donde era o había sido nada menos que bailío? El Sr. Domínguez no tenía profesión definida, aparte la honrosa, pero poco productiva de bailío sin ejercicio, y la de ateneísta de “escaleras abajo”. No sé si dormía sobre algún diván de la Cacharrería; lo que sí puedo afirmar es que allí quedaba cuando el último trasnochador abandonaba la casa a la una de la madrugada y que si alguna vez adelanté mi regreso después de la comida del medio día, en aquella hora en que la Cacharrería estaba solitaria y sus salones en penumbra, vi al Sr. Domínguez, al opulento bailío de otros tiempos ultramarinos, despachando apresuradamente en un rincón algunas frutas que llevaba en el bolsillo Dios sabe desde cuando. Y que al sentir mis pasos, no por ser míos sino por ser pasos, abreviaba aquella masticación desdentada y envolvía las cáscaras en un papel, que guardaba en el bolsillo, y se erguía en toda su pequeñez de estatura el opulento y orgulloso bailío.

¿Y la “Envenenadora”? Era concurrente asidua del Ateneo una viejecita, que más bien parecía un puñado de pequeñas arrugas trazadas alrededor de unos diente-cillos de roe-

dor, de los que dos se negaban obstinadamente a esconderse ni aun en los momentos en que su dueña necesitaba poner cara seria. “La Envenenadora” se llamaña Doña Aurora, nombre a que había que buscar origen en una película que años antes se había proyectado en Madrid y cuya protagonista es fama que tenía algún parecido físico con nuestra anciana. Era Doña Aurora la concurrente asidua a muchas de las conferencias que se pronunciaban en el salón. ¡Y cuántos oradores malos deben a la Envenenadora el no haber tenido que suspender su conferencia por falta de auditorio! Un día dejó también la Envenenadora de concurrir al Ateneo. Luego supimos que estaba enferma y que varios estudiantes ateneistas, los canarios especialmente, no sé por qué, iban todos los días a hacerle compañía, y que, como vivía sola y no tenía en el mundo otra familia que la estudiantil del Ateneo, algunos jóvenes de esta familia espiritual, y algunos que hoy desempeñan puestos de gran importancia social, ayudaban en el lecho a la vieja, cuando ya no se podía mover por sí sola, a satisfacer las últimas exigencias vitales y el último tributo a esta tierra miserable. Un día, bastante antes de los que nos están ocupando, otro viejo socio del Ateneo cayó en medio de la Cacharrería, víctima de un patatús. Todos acudimos en su auxilio: unos con agua, otros, los médicos y los estudiantes de medicina con su ciencia, a tomarle el pulso; todos, a tenderlo sobre un diván donde quedó sin vida aparente. Doña Aurora arrastró sus años secos hasta la cebecera del enfermo y se mantuvo allí con expresión de espanto y en actitud solícita, pero no hacía nada porque nada podía hacer habiendo allí tantos representantes de la ciencia médica o, como los hubiera llamado Félix Herce, que por entonces dilapidaba entre los ateneistas aquel buen humor que tanta falta le vino a hacer más tarde, alevinos de Marañón. Una de esta crisálidas médicas se acercó apurosamente al enfermo; lo pulsó, hizo un gesto de esos solemnes e inexpresivos que suelen hacer los médicos cuando ponen “cara de póker” para que se deduzca de ella lo que quiera el

curioso, todo menos la verdad de que no saben qué decir; le abrió un ojo desmesuradamente, un ojo sin luz, con todo el globo al aire; apretó con el pulgar aquella boia blanca y miró para todos con aire misterioso. Doña Aurora se mantenía junto a la cabeza del paciente e interrogaba con los ojos muy abiertos al galeno en ciernes. Este no dijo nada. Nadie dijo nada tampoco. Solo se oyó allá atrás, en las últimas filas de la masa humana que presenciaba el paso cómicoserio, la voz de Pedro Sáinz Rodríguez, que era bibliotecario de la Junta directiva de entonces, decir con su voz opaca y burlona: "Con eso de abrirle el ojo el pobre viejo va a decir: ¡Pues es verdad que me he muerto porque estoy viendo visiones!" Todos, hasta los diente-cillos de Doña Aurora, reimos el comentario de Sáinz Rodríguez.

Mínguez. ¡Quién de los ateneistas de entonces y de los últimos días, no conoce a Mínguez? Mínguez había estado en Alemania no sé con qué motivo y presumía de entender el idioma. Era, y ojalá sea porque aunque la guerra me ha hecho perder el contacto con este ateneista empedernido, celebraría que la actual vida errante de emigrado me pusiera algún día frente a él, aunque tuviera que oír algún reproche por este recuerdo poco respetuoso que le dedico. Es, pues, digo, bastante inteligente y entendido en cuestiones teatrales. Por los últimos días de mis idas por el Ateneo estaba traduciendo a Kessel. Mínguez ha sido el hombre que menos importancia ha dado a la vida y que con más seriedad se ha reído de la seriedad de la vida. Escribía, o tenía escrita una obra de teatro que nadie llegó a conocer jamás ni a leer. Pero escribía para el teatro. Un día apareció en la portería del Ateneo, en el lugar en que habitualmente se fijaban los anuncios de banquetes, la invitación para uno a Mínguez. ¡A título de qué se ofrecía un banquete a Mínguez, que necesitaba indiscutiblemente aquel homenaje aunque no lo mereciera acaso? Otras invitaciones eran por los triunfos de Fulano de Tal en las oposiciones a esta o a la otra cátedra; por un éxito teatral,

por un discurso de ruido. El de Mínguez era por... , pero leamos la convocatoria del banquete a Mínguez:

“Banquete a Mínguez por sus resonantes triunfos como autor dramático inédito”.

Otro autor dramático inédito vagaba por las galerías del Ateneo: el gran Feijoo, no el autor del “Teatro crítico universal” de cuyas “Cartas eruditas” preparaba por entonces en la biblioteca una edición crítica el profesor Millares Carlo, aunque no le andaba lejos por lo que se verá: Feijoo era gallego, como el fraile erudito; Feijoo hacía profesión de celibato voluntario, por no separarse de su madre anciana con la que vivía, y de pobreza y de ayuno forzosos; Feijoo gastaba siempre, de Enero a Enero, un abrigoillo verdoso, que había sido negro, raído y deshilachado, que le daba gran semejanza con un ejérgo. Se decía que no se quitaba el gabán en todo el año, porque no tenía de los pantalones más que lo que se veía por debajo de aquella prenda. Y Feijoo se pasaba la vida en la biblioteca del Ateneo de Madrid inclinado sobre los tomos de la Colección de Autores españoles, de Rivadeneyra, copiando trozos de escritores darmáticos de nuestro siglo de oro. Feijoo copiaba y enhebraba párrafos unos con otros y se hacía la ilusión de que escribía y de que tenía escritas varias obras teatrales interesantes. A creerle a él, tenía una obra leída a Margarita Xirgu a quien había gustado mucho y la tenía en cartera, esperando turno para ponerla en escena. “No ha podido ponerla en esta temporada, pero en la próxima me ha dicho que debuta con ella”. Otra obra tenía entregada a María Guerrero, otra a Carmen Díaz. Y los ateneistas zumbones habían puesto ya título a la obra desconocida de Feijoo, pensando en los trozos de teatro que de acá y de allá estaba siempre copiando y en recuerdo de su homónimo: “Teatro Crítico Universal”.

Y voy a cerrar estos recuerdos del Ateneo con unas anécdotas que no presencié sino que oí y estaban en todos los la-

bios cuando yo llegué a aquella casa, en 1922. Acababa de ser derrotada la famosa junta directiva que presidió durante muchos años el Conde de Romanones. Romanones había hecho cuestión de honor el mantener la presidencia del Ateneo que años atrás estuvo vinculada a Cánovas, cuando Cánovas, que fué un gran bibliófilo y un escritor excelente, desarrollaba su célebre política de la época de la restauración. Era vicepresidente D. Baldomero Argente, que fué por aquellos tiempos titular de la cartera recién creada de Abastecimientos y cargo en el que las malas lenguas decían y no acababan sobre las riquezas acumuladas por nuestro barbado vicepresidente. Romanones se había rodeado de un grupo de ateneistas resueltos a defender su candidatura a toda costa. Entre ellos estaban, y eran de los más decididos, Pedro Sáinz, Angel Galarza y otros. Un día subió Romanones a la tribuna del Ateneo para pronunciar el acostumbrado discurso inaugural de curso. Salón lleno a rebosar, concurrencia de lo que se ha dado en llamar selecta, no en vano era Romanones el Presidente del Consejo y sobre todo del Partido Liberal y dispensador de prebendas: allí estaba una nutrida representación de la mayoría senatorial, ancianos venerables que habían envejecido en el respeto al "ilustre jefe"; diputados, directores generales, damas aristocráticas... Romanones apareció en la tribuna, miró a la sala con sus ojillos de Fauno y con el ánimo sereno y burión que no le abandonó nunca y comenzó con unas frases de humildad que llegaron a ser como un introito obligado de todos los que hablaban en la tribuna del Ateneo: "Yo, que no tengo títulos ningunos para ocupar esta tribuna, que tantos hombres ilustres han honrado con su presencia.. " En esto, en medio del silencio sepulcral que llenaba la sala, una voz tronó desde la tribuna alta: "¡Exacto, Sr. Conde, exacto!" El Conde se cortó un poco, se detuvo un instante, pero se rehizo en el acto con aquella maravillosa facultad de los políticos españoles de adaptarse a las circunstancias, y comenzó de

nuevo: “Yo, que no tengo títulos ningunos para ocupar esta tribuna...” Y la misma voz de la parte alta: “¡Exacto, señor Conde, exacto!”

Los rasgos de ironía en honor del Conde de Romanones fueron innumerables y duraron hasta que la juventud levantisca de la Cacharrería logró desplazarlo de la presidencia del Ateneo, tarea en la que redobló su empeño cuando el Conde, ostentando la doble presidencia del Ateneo y del Gobierno, logró llevar a Unamuno a Palacio una mañana. Por entonces apareció en el termómetro que señalaba a los ateneistas la temperatura de la Galería de retratos la leyenda que estaba todavía aun cuando yo frecuenté el Ateneo. Era un termómetro viejo, de aquella época ingenua en que nuestros abuelos gustaban de evitarse complicaciones matemáticas y prescindir de cálculos numéricos y preferían estos artefactos con sus letreros bien dispuestos y claros: “frío”, se leía al margen de la columnilla allá por los diez o quince grados, “calor”, “mucho calor”, más arriba. Abajo, en el cero estaba grabada la palabra “hielo”. Más abajo, el escriba oficial del artefacto había prescindido de indicaciones. Pero uno anónimo había suplido tal omisión poniendo al margen de los diez grados bajo cero la leyenda siguiente: “Entra el Conde”.

Otra manifestación interesante del espíritu crítico de los ateneistas era la polémica al margen de los libros de la biblioteca. Hay algunos, como “Electra” de Galdós, “A. M. D. G.” de Pérez de Ayala cuyos ejemplares del Ateneo están profusamente ilustrados al margen con comentarios anónimos, réplicas al comentario y contraréplicas siempre ingeniosas y casi siempre certeras. Leyendo un día cierto libro de poca o ninguna importancia, firmado por un pobre diablo que, a falta de cosas de más monta con que llenar el libro había recurrido a la especie de “Viva Cartagena” que era en la época monárquica el abrir el libro con una fotografía del Rey y una dedicatoria fervorosa, observé que al final de la línea obli-

gada del pie "S. M. el Rey D. Alfonso XIII" alguien había añadido una llamada: "(1)" y enviando al pie de la página donde leí. "Natural de la isla de Creta. Véase al final". No le dí importancia a la cosa que me pareció una estupidez de cualquier maniático de la Casa. Pero al volver la última hoja, me llamó la atención debajo del colofón esta leyenda con letras enormes "Cretino".

Bibliografía

Publicaciones de la Casa de España en México,
por ANGEL LAZARO

LEÓN FELIPE.--"*Español del éxodo y del llanto.*"

Me recordaba días atrás el cubano Juan Marinello comentando en privado este libro de León Felipe, la frase con que otro escritor cubano, Luis Felipe Rodríguez, comentó cierta conferencia pronunciada aquí en la Habana, por el autor del libro que tenemos a la vista: "Es grave lo que dice este hombre. Por que es la esencia. Pero lo grave es que la política no es esencia, sino contingencia".

Esencia y no contingencia. Exacto. Mas ¿hasta cuándo se le puede pedir a un poeta español de nuestro tiempo que guarde el secreto, **su** secreto, si se quiere, sacrificando la esencia a la contingencia?

"Ahora no. Ahora no puede decirse eso. Sería impolítico. Cuando termine la guerra". El poeta, ante estas advertencias, se callaba; prevalecía en él un sentido de responsabilidad frente a las circunstancias. Pero es que un poeta tiene también otra responsabilidad: la responsabilidad ante sí mismo. Ningún sacrificio mayor para un poeta que el de la falsificación. Obligarle a falsificar un sentimiento o una actitud es ponerle un puñal en el pecho.

Esta angustia por gritar su verdad —buscando la Verdad esencial de que hablaba Antonio Machado (no **tu** verdad, sino

la verdad)— da el mejor acento al nuevo libro de León Felipe, “Español del éxodo y del llanto”.

¿Pesimista? Mas que eso en algunas ocasiones: desesperado. “La desesperación resignada es el estado perfecto del hombre” escribía Don Miguel de Unamuno. Tal vez quiso decir del poeta. Y León Felipe ya nos dice, al cantarla, cuanto de resignada tiene su desesperación. Mas que de resignada, de esperanzada. Todo canto es esperanza, es vida. “Canto. Luego existe” podría decirse sustituyendo pensar por cantar. Porque el poeta piensa cantando, se le hace canto el pensamiento al brotar de su pecho, y, a veces, la misma música sin palabras que anuncia en su corazón el estado de gracia, acaba por encontrar la letra. Entonces, cantando, acaba por pensar. El tono le ha dado las palabras.

Es el tono lo que hemos de buscar, por encima de cualquier letra doctrinal y polémica, en este libro de León Felipe. Podremos o no estar de acuerdo con tal o cual parte de su doctrina —nosotros, personalmente, lo estamos en mucho—; pero lo indudable es que la voz de León Felipe sabe estar a tono con la tremenda hora que a los españoles de hoy nos toca vivir.

Quizás es él, muerto Antonio Machado, el poeta español que más a tono con la tragedia española ha sabido cantar. A tono con la tragedia, y con este llanto coral —aunque no se vea en ocasiones— que dentro y fuera de España ha seguido a la acción, y que es parte de la tragedia misma.

Todo, menos frivolidad. Todo, menos creer que lo que está delante de nuestras narices no es más que eso que está ahí. Hay un ayer y un mañana.

León Felipe escribe: “Cuando el Bachiller y unas fuerzas confabuladas derrotan a Don Quijote en la playa de Barcelona, el poeta sabe que más tarde, tal vez tres siglos más tarde, en el mismo sitio, el mismo Bachiller y las mismas fuerzas confabuladas han de derrotar a España para siempre.

¿Para siempre? No, poeta, no. Pero perdón por si habíamos tomado demasiado al pie de la letra la afirmación. El propio poeta se encarga de aclararnos su pensamiento.

“Españoles,
españoles del éxodo y del llanto:
levantad la cabeza
y no me miréis con ceño,
porque yo no soy el que canta la destrucción
sino la esperanza”.

Sí: este libro de León Felipe no es un libro de desesperanza y de muerte, sino un libro crispado, desesperado, de esperanzada desesperación. Preñado, por tanto, de vida. Con la mirada puesta en la eternidad de España.

1940

PUEBLO

El diario de Cuba

SALUDA al pueblo cubano y reafirma
su fé en los destinos de la Patria.

PUEBLO es el diario de la democracia;
el defensor de los intereses vitales
del país.

Director-Administrador:

Dr. L. Frau Marsal

Apartado de Correos, 34

La Habana, Cuba

1940

Al iniciarse el año 1940,

el

Gran Hotel de los Manantiales de A M A R O

saluda a su distinguida clientela
y amigos todos, a los que desea
felicidad y venturas.

Visite el Gran Hotel de los
Manantiales de Amaro, de
Florentino Silvosa, y hallará
elegancia, distinción, reposo
y salud.

Rodrigo-AMARO

(Prov. Santa Clara, Cuba)

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Publicación Bimestral

Suscripción anual \$2.50 m. o.

Número suelto 0.50 m. o.

Para todo lo relacionado
con esta Revista, dirijase al
Director del Departamento
de Información e Intercam-
bio Cultural de la Univer-
- - sidad de la Habana - -

Defensa Social

Tratamiento de los peligrosos
por

A. Rodríguez Dranguet.

Ex-Juez de San Sebastián y
Barcelona, Magistrado del
Tribunal de Casación de Ca-
taluña, Académico de la
Hispano-Americana.

Obra útil, que deben leer
Abogados, Procuradores, Jue-
ces, Fiscales, Magistrados,
hombres de leyes, Estudiantes
y cuantos se hallan interesa-
dos en las nuevas orientacio-
nes de la Ciencia Penal.

Un tomo en 40. \$2.50

DE VENTA EN LIBRERIAS

Venturoso año 1940
desea a sus amigos
y clientes
la Panadería

“LA GUARDIA”

Angeles y Estrella,

Teléfono M-3077. — Habana.

Consuma nuestros productos y
vivirá feliz

PELETERIA CADETE

Felicita a sus clientes y amigos
deseándoles un venturoso año
1940

ZAPATOS
DE TODAS
CLASES

Equipaje en General
Los Mejores Precios
Precios Económicos

MONTE y AGUILA
TELEFONO A-7446
La Habana

SOCIEDAD

Bíblica Americana

Agencia de las Antillas.

Cuba, Haití, Rep. Dominicana,
Puerto Rico, Islas Vírgenes e
Islas Francesas.

Secretario:

J. Marcial Dorado. Ph. D.
Oficinas y Depósito:
Neptuno núm. 629, Habana.

La Biblia—El Libro Inspira-
dor de la Vida.—Léala para
que su palabra sea "Lám-
para a sus pies y Lumbre-
ra en su camino".

Biblias desde 40 cts.
Testamentos desde 10 cts.
50 Evangelios por 20 cts.

Neptuno No. 629. — Habana.

Antología

POETICA

de

Angel Lázaro

PRECIO: \$1.00

en "La Verónica," imprenta de
Manuel Altolaguirre,
calle 23 No. 409, Vedado,
La Habana.

ESCUELA LIBRE DE LA HABANA

Calle O No. 16, esq. a 19
Teléfono F-4311 VEDADO

Director: Dr. J. Miguel Irisarri

Enseñanza completa, económica
y eficiente

Solicite los detalles
que le interesen en la
Secretaría de la Escuela

Horas de Matricula: de 8 a 12 a. m.
y de 3 a 7 p. m.

ULTRA

MENSUARIO DE CULTURA CONTEMPORANEA
REVISTA DE REVISTAS

Director: FERNANDO ORTIZ

Editada por: ULTRA S. A.—O'Reilly 8, Depto. 414.

Administrador: S. FERNANDEZ FRANCO

PRECIOS:

Número corriente: Cuba, 20 ctvs.; Otros países, 25 ctvs.

Suscripción anual: Cuba, \$2.00; Otros países, \$3.00.

ANUNCIOS:

Tarifa por inserción: 1 página, \$30.00; ½ página, \$17.00;

¼ página, \$10.00.

El canje y toda la correspondencia postal dirijase al
Director de ULTRA Apartado 1649 Habana, Cuba

ENCUADERNACION
BELMONTE



Máximo Gómez, 60

entre Paseo de Martí y Agramonte

Teléfono A-8151

La Habana

El Hotel
ROYAL PALM

Hace votos por la felicidad de
su distinguida clientela y ami-
gos todos.

Que el nuevo año 1940, en cu-
yo alborar les saluda, sea
pródigo en venturas.

Hotel ROYAL PALM

San Rafael, esq. a Industria

Teléfono A-7277

La Habana, Cuba

